Nuestras propias historias

Vida en familia II

MINISTERIO DE **EDUCACIÓN**







Vida en familia

II

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978-9942-22-370-8

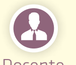
Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular









Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia –desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde–, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice

LUIS ERNESTO COCHA
nació en San Lorenzo, Esmeraldas, en 1965. Trabaja en la Unidad Educativa Fiscomisional San Pedro Pascual. Su actividad favorita es escribir literatura.

Una visita inusual

Ayer Papá Noel no llegó como de costumbre. No trajo sus renos ni se lanzó por la chimenea, tampoco dejó sonar sus cascabeles y su acostumbrado “¡Jo, jo, jo!”. Su figura regordeta y bonachona, su barba y cabello blancos, su bolsa repleta de dulces y juguetes, estallaron como una pompa de jabón cuando lo vi llegar vestido de blanco, dejar su maleta en la mesita del *living* y dirigirse al cuarto donde hacía mucho estaba enferma mamá.

Papá había gastado ya todo en su salud quebrantada. En su baulito de sorpresas no quedaba ni para el trocito de panela con



el que endulzábamos por las noches nuestras acostumbradas agüitas de vieja. Para evitar sorpresas, papá se anticipó diciendo que esta sería la Navidad más triste, a lo que yo le dije que no se preocupara, que suficiente era con que quedara para las medicinas de mamá. Pero ya ni para eso, peor para caramelos o juguetes.

Por eso ayer, víspera de Nochebuena, pedí al Niño Dios que sanara a mamá, que quería verla sonreír, espulgar al gato, alimentar a los conejos, esas pequeñas cosas que a nosotros siempre nos han hecho felices. Porque árbol, belén, pan de Pascua, no suplantan la sonrisa de una madre. Pero nosotros ni sonrisa, ni un centavo siquiera, con que aliviar sus dolores.

Por eso digo que Papá Noel llegó de una manera inusual: vestido de blanco (es cierto que viene del Polo Norte, de Alaska, de la nieve…). Como si fuera de la familia, ingresó al dormitorio de mamá, le tomó la mano y la sujetó de la muñeca (creí que iba

a regalarle un reloj), le abrió luego la boca y le pidió que sacara la lengua, iluminó después sus pupilas y se quedó por último escuchando un largo rato su corazón. Nunca supimos quién lo envió. Papá piensa que tal vez la gente del barrio, alguna persona de buen corazón…

Se marchó tal como vino, sin decir ni “Esta boca es mía”; escribió en una hoja no sé qué cosas y la puso sobre el velador, junto a unas pastillas y jarabes; se acomodó luego los anteojos que tenía a mitad de la nariz, cogió el maletín y abandonó la casa con el estetoscopio aún colocado en los oídos. Antes de cerrar la puerta me miró con una sonrisa de niño bueno y algo de ángel iluminó la habitación de mamá. Al apagar la luz, me pareció oír el sonido de renos, cascabeles, campanas y el resplandor de un último y vigoroso “¡Jo, jo, jo!”. Pero al acercarme a la ventana y recorrer la persiana, el extraño visitante había desaparecido. A lo lejos una estrella tiritaba con mágico esplendor.

Mamá ha bajado hoy sonriendo por la escalinata, me ha besado la frente y ha abrazado a papá.

—¿Quieren chocolate caliente? —nos ha preguntado. Y, al notarnos sorprendidos, ha dicho enérgicamente—: ¿Lo han olvidado, acaso? ¿Han olvidado que hoy es Navidad?

JOHANA PEÑAFIEL
nació en Macas, Morona Santiago, en 2003.
Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Presidente Tamayo.
Su actividad favorita es leer.

La mami

En mi vida han pasado muchas cosas, pero algunas dejan marca. Hay una persona en especial a la que admiro por su firmeza, por su valor y sus ganas de seguir adelante. Ella es alguien especial, alguien que siempre ha estado junto a mí. Siempre se ha mostrado fuerte, ha sido una mujer con carácter. Ella es la mami.

Se diferencia de las demás madres porque es muy brava, pero no brava de forma agresiva, sino de forma fuerte, de manera resistente ante cualquier problema. La mami odia la hipocresía y a las personas ingratas; a ella le gustaría que todos fuéramos honestos, pero hay muy pocas personas así.

Nuestra historia es muy similar a muchas. A los cuatro años nos fuimos de la casa de mi padre por problemas de violencia y esas cosas que a uno no le gusta recordar. Así, llegamos donde mis tías en Latacunga. La mami trabajó allá y hasta obtuvo un título de peluquera.

Unos siete u ocho meses después, nos fuimos a Macas. Vivimos ahí ocho años, creo; me confundo con las fechas. Al principio la mami no conocía a nadie y solo arrendó un cuarto para ella y sus cinco hijos. Apenas llegado, mi hermano menor le dijo:

—Mami, tengo hambre.

Creo que mi mamá no supo qué hacer en ese momento, pero salió y en cinco minutos estábamos comiendo.

Días después consiguió trabajo vendiendo comidas frente un hospital. Yo era una niña tranquila aunque muy enfermiza, y mi mamá casi no podía trabajar con una hija tan débil.

Un día vio una pequeña imperfección en mi cuello y se preocupó. Me llevó al hospital y seguimos yendo casi todos los días por unas semanas hasta que le informaron que me tenían que operar. Creo que la mami tuvo miedo, cosa que casi no se ve en ella. El hecho es que fue a muchos lugares a buscar una solución, hasta que encontró una crema que me ponía todos los días hasta que pasó.

Tiempo después encontró trabajó con doña Alexandra, una señora buena pero muy enojona. La doña nos quería mucho, y su hermana Odilia nos prestó su casa en La Florida, un barrio de allá. Su condición fue que cuidáramos de sus pollitos y sus plantas (tenía muchos árboles frutales). Mi madre aceptó, pero al final no todo terminó bien, ya que la señora Odilia tenía un hijo que empezó a tratarnos mal.



La mami trabajó mucho, día y noche, para darnos una buena vida. Primero se puso una lavandería y unos meses después un karaoke. Claro, con ayuda, pues no todo se hace sola: mis tres hermanos mayores le dieron una mano. Ellos ya tenían entre quince y trece años.

Sus horarios eran muy exigentes: de 8h00 a 18h30 en la lavandería y en el karaoke de 19h00 a 3h00. Aun así, a veces se despertaba a hacernos el desayuno para irnos a la escuela.

Pero la mami se cansó de eso y vendió ambos locales. Aunque no era estudiada, tampoco era ingenua: lo hizo pero no sin antes asegurarse de que sus hijos estarían bien.

Mi hermana obtuvo una beca deportiva en levantamiento de pesas y la aceptó con la condición de que la acompañara mi hermano mayor. Ambos fueron a Guaranda, donde mi hermana

se hizo campeona nacional, un gran orgullo para la mami. Hoy en día está con nosotros, aquí en Orellana.

No creo que alguien sea más fuerte que la mami: sacó adelante a cinco hijos, sola. Otras madres con uno no avanzan, pero la mía lo hizo sin un esposo. Salió de un pasado horrible para tener un futuro tranquilo. Es la primera y la única persona a la que admiro.




ANDREA LIZBETH VILLACÍS
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ambato.

Niños del campo

Rodrigo creció en el campo, en una parroquia llamada Cunchibamba, cerca de la ciudad de Ambato. Era el mayor de sus hermanos. Su mamá les exigía demasiado; sin embargo, su padre era muy bueno y los consentía mucho.

Un día, Rodrigo y su hermano Estuardo acompañaron a su madre a lavar en las orillas del río Cutuchi. En medio de risas y juegos llegaron a su destino.

Los hermanos se fueron a jugar a una huerta en la que había frondosos árboles. Como eran unos niños muy traviesos, Rodrigo



se subió a un árbol de claudias y su hermano, a uno de duraznos. Al ver que seguían jugando muy animados, su madre les advirtió que en las orillas del río había pequeñas serpientes, pero ellos no le creyeron.

Rodrigo vio un árbol de capulí y quiso recoger algunos para llevar a su casa, así que tomó el canasto y bajó hasta la orilla. Cuando iba a subirse, se dio cuenta de que estaba pisando algo: en efecto, era una serpiente. Como empezó a gritar, su hermano, muy preocupado, corrió a avisarle a su madre.

Cuando esta llegó, Rodrigo estaba más blanco que un papel, asustado y muerto del miedo. La serpiente ya se había ido, pero lo que más le asustaba era que su mamá le hablara por desobediente.

Otro día, la madre de los niños salió a la ciudad a hacer compras, y encargó a Rodrigo y a Estuardo que fueran a cortar hierba para los animales. Sin embargo, les advirtió que no fueran con el burro.

Los hermanos, sin embargo, no hicieron caso y se fueron montados, muy animados, en Chinchoso. A media hora de llegar al terreno, escucharon otros rebuznos; entonces, el burro empezó a correr muy rápidamente para unirse a ellos.

El primero en caer fue Estuardo, después Rodrigo. Los dos se levantaron y empezaron a reírse como locos por lo que había pasado, pero cuando se dieron cuenta el burro estaba muy lejos. Lo corrieron por más de media hora, hasta que lo acorralaron en una quebrada.

Mientras tanto, su madre, ya en la casa, se encontró con la sorpresa de que no había nadie y se enojó. Después de un largo tiempo llegaron sus hijos. Bueno, ya se imaginarán lo que pasó… Los hermanos fueron castigados y de todas formas tuvieron que ir a cortar la hierba, a pesar de que ya oscurecía. Se lo merecían por desobedecer a su madre.




ANGÉLICA ELIZABETH CONDURI
nació en Cumandá, Chimborazo, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa General Antonio Elizalde. Su actividad favorita es entonar la guitarra.

Islas encantadas

Cuando tenía doce años, mis padres decidieron que nos iríamos de vacaciones, pero no me querían decir a dónde. Se acercaba mi cumpleaños y pensaron que sería un bonito regalo llevarme a un lugar turístico. Se acercaba la fecha y yo seguía con dudas y curiosidad. El día del viaje mis padres me dijeron que adonde iríamos era extraordinario, lleno de fauna y flora diferentes, que nunca había visto. Yo estaba intrigada y llena de emoción, ya me suponía que era un viaje a las islas encantadas.



En el trayecto mis padres me dieron la gran sorpresa de que estábamos viajando a Galápagos. Fue un viaje muy largo pero yo estaba feliz porque iba a conocer un lugar nuevo y hermoso. Les di las gracias a mis padres por el gran regalo y les dije que los amo mucho y que siempre van a estar en mi mente y en mi corazón.

Al llegar a Galápagos y ver las islas me sentí muy conmovida y di las gracias a Dios por la oportunidad que me estaba dando de conocer aquel lugar tan maravilloso. Al pisar la isla Santa Cruz me sentí en un sueño. Lo primero que hicimos fue ir al Parque Nacional Galápagos para observar a las tortugas gigantes. Las conocía solo en fotos, pero verlas fue aún más emocionante porque son lindas y gigantes. También divisé otras especies majestuosas, como piqueros de patas azules, pelicanos, entre otras. Otra cosa que me gustó fue la amabilidad de la gente, siempre dispuesta a sonreír.

Nos hospedamos en un hotel hermoso, cerca de la playa, llamado Aquamarine. Me sentía muy alegre y con muchas ganas de conocer más, e hice algo inadecuado: no pedí permiso a mis padres, pero es que tenía tantas ganas de salir a explorar el lugar.

Me alejé un poco del hotel y me dirigí a una playa donde estaban algunas personas. No conocía el lugar pero me acerqué al mar para refrescar mis pies. Observé a unas señoritas que estaban cerca y decidí tratar de hacer amistad con ellas, eran muy amables, así que en pocos minutos hubo simpatía; conversamos sobre el lugar y les comenté que estaba de vacaciones, conociendo la belleza de la flora y la fauna; luego me llevaron al parque, a observar a las tortugas, mientras les decía que ya las había visto hace poco pero no me molestaba verlas de nuevo. Así, pude mirar a las tortugas bebés otra vez y, me emocioné nuevamente.

Luego volvimos a la playa, se había hecho tarde y yo no recordaba cómo se llamaba ni dónde quedaba mi hotel. Tomé el primer camino pero me equivoqué; me asusté, no sabía dónde estaba, volví a la playa y las señoritas aún seguían ahí. Les pedí ayuda y, aunque solo me acordaba que mi hotel era de puerta roja y muy bonito, ellas me ayudaron a encontrarlo. Mis padres estaban angustiados y muy enojados, ya que había salido sin su permiso y no conocía el lugar. Me regañaron por lo que había hecho y no me dejaron salir; después les conté que solo había ido a ver la playa y conocer un poco más por mi propia cuenta, y les dije la verdad, que estuve perdida por un momento. Mis queridos padres estaban tristes por la situación que pasé.

Al día siguiente decidimos salir a pasear los tres, fuimos a un restaurante donde servían comida típica con una sazón deliciosa y luego fuimos a la playa a refrescarnos un poco. Recuerdo tanto ese momento en el que, junto a mis padres, dibujamos en la arena. Después fuimos de compras, vimos ropa y recuerdos para

mis familiares y amigos, y sobre todo para mí, para así recordar ese viaje maravilloso. Pude observar que había demasiada gente de diferentes lugares que llegaban a las islas Galápagos. Algunos dominaban el español y otros no, a muchos les resultaba hermoso el ambiente y se sorprendían con los animales, porque esa clase de fauna no habita en su país. Más tarde visitamos una tienda de artesanías, donde vimos cómo elaboraban llaves, cadenas y pulseras; decidí comprarme una pulsera que decía "Galápagos" y observé que los turistas compraban muchos recuerdos hechos en barro; les iba bien en el negocio. De ahí se presentó otro problema: a mi padre se le cayó el teléfono en el agua y estaba enojado consigo mismo, ya que él tuvo la culpa. Finalmente, regresamos al hotel.

El tercer y último día en las islas encantadas decimos ir nuevamente al Parque Nacional, donde estaban las tortugas gigantes y las tortugas bebés; entonces observé cómo se alimentaban con algún tipo de algas. De casualidad me encontré con las señoritas que había conocido en la playa, así que me despedí de ellas.

Volvimos al restaurante a comer por última vez y disfruté mucho de esa comida. Luego fuimos a la playa, donde vi una concha que estaba muy cerca de mis pies y era tan bonita que decidí llevármela al hotel; ahí ya estaba listo mi equipaje. Nos embarcamos en un taxi que nos dejó en el aeropuerto; una vez allí subieron mis maletas y vi por última vez las islas Galápagos. El viaje de regreso fue muy largo pero satisfactorio.




ALLISON NIKOLE MORILLO
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Luis Cordero.

Huellas en el sol

En pocos días ya serán dos años desde su partida, e incluso después de tanto tiempo mis ojos se nublan y se me hace un nudo en la garganta al hablar de él. Era mi niño mimado, mi compañero de travesuras, mi amigo de la infancia y el más fiel que pude haber tenido. Para algunos era solo un perro, pero para mí era parte de la familia.

Los días pasaban y él ya no era el mismo. Hacía un tiempo que comer no era parte de su rutina: adelgazaba y yo no podía hacer nada, pues para entonces era demasiado tarde. Lo sacábamos a



pasear y no corría con aquellas ansias de jugar con otros perros o de arrastrarnos por las calles con su correa; solo se sentaba a mirar al horizonte. Yo veía cómo contemplaba el atardecer, tan tranquilo, como si quisiese unirse a los últimos rayos que nos ofrecía el sol en aquellas tardes de invierno.

Cuánta maldad puede tener un ser para decidir cómo y cuándo hacer cesar la existencia de otro, sin pensar en cuánta belleza tiene la vida, arrebatándola, creyéndose dueño de ella.

Fue una mañana fría, y quién diría que sería la última en la que yo vería a mi gran amigo moviendo su colita. Él estaba acostado en un rincón, yo me acerqué y lo acaricié un rato. Fue una corta despedida, pues tenía que ir al colegio. Fue un día largo para mí, de cierta manera presentía que algo pasaba.

Regresaba del colegio con mi hermana y, cuando llegamos, desde fuera de casa vimos que estaba recostado junto a la puerta.

Lo observábamos y al principio lo llamábamos insistiendo que nos respondiera, pensando que tan solo estaba dormido. Y así era: estaba dormido pero nunca más iba a despertar.

Mi hermana rompió a llorar y yo, a pesar del dolor que sentía, intenté ser fuerte por mí y por ella. Todavía recuerdo cómo había quedado antes de entrar a aquel sueño eterno: sus ojitos miraban hacia la puerta de entrada como si pese a su agonía nos hubiese estado esperando, esperando hasta su ultimo respiro, y eso es lo que más me duele, pues esa mañana yo no estuve unos minutos más a su lado. Nunca me sentí tan ignorante como aquel día.

Aquella misma tarde viajamos y lo enterramos. En cada puñado de tierra que echaban sobre su cuerpo yo me sentía en *shock*. Íbamos en el coche escuchando música y mientras sonaba yo solo recordaba los momentos que había tenido con aquel niño eterno. Ahora extraño sus ladridos, los golpecitos que nos daba con su cola, los empujones que nos daba al regresar del colegio y todo lo que hacía para demostrar su cariño y felicidad al vernos, cosas que, sin embargo, en aquellos momentos no valorábamos o nos estorbaban. Y es todo eso lo que hoy quisiera que volviera, pues él ya no está en casa, y la casa por lo tanto ya no es la misma.

Pero tengo por seguro que su alma sí se hizo una con el sol después de su partida. Hace que anhele cada nuevo amanecer, pues sé que él estará presente en cada rayo de luz que traspase por mi ventana, al igual que sé que estará en mi mente y en mi corazón hasta que mis ojos no vean un mañana.

CHRISTIAN ANDRADE
nació en Cuenca, Azuay, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa 12 de Febrero. Su actividad favorita es difundir la cultura a través de la danza.

El diablo que se apoderó de mi alma

Tocaban las diez de la noche. Mi padrastro y mi mamá se habían ido a una boda y mi primo mayor, a una discoteca, así que quedamos solo los dos. Él estaba en la sala viendo televisión y yo, acostado en mi cama. Sin embargo no lograba conciliar el sueño.

De pronto oí que la puerta se abría, pero no le di gran importancia, ya que dormíamos en el mismo cuarto. Después de

un rato fui a la cocina, tomé un poco de té y regresé. En teoría, no tenía una relación tan buena con él, pero ahí estaba, sentado. No sabía qué estaba haciendo, pues se veía muy poco por la luz que entraba desde la puerta. Estuve un rato mirándolo y nunca se movió.

De repente se levantó —me espanté un poco, no lo niego—, y sin pensarlo dos veces fue directo a mí, a mi lecho. No sé qué le hizo pensar tal cosa, pero se metió entre mis cobijas y en muy poco tiempo, sentí su cuerpo frío rozando mi espalda y mis piernas. Me abrazó. ¡Quedé helado! Nunca lo había hecho de esa manera. En ocasiones anteriores ya había dormido conmigo, pero como entonces, ¡jamás!

No entendía qué le pasaba pero no dije nada, y así se quedó por unos minutos, hasta que me atreví a decirle en la cara:

—¡Ya lárgate a tu cama, que quiero dormir!

Me miró fijamente como si buscara algo en mis ojos. Supuse que no iba a encontrarlo, pero parece que sí, porque en cuestión de segundos llevó sus labios, ásperos y a la vez suaves, hacia los míos, quitándoles la pureza.

Recuerdo que cuando iba al kínder me besé con la hija de la profesora, pues decíamos que éramos el papá y la mamá del salón, pero eso, ¿qué había sido? Nada, un beso insignificante de niñatos que no pensaban en nada más que en divertirse. Algo muy contrario a lo que él hizo en mí aquella noche. Sentí un escalofrío que recorrió mi cuerpo de pies a cabeza. Terminó de hacerlo y no dije nada; él, peor, solo agachó la cabeza y me abrazó con tanta fuerza que parecía que quisiera que nos fundiéramos en uno. No sabía qué hacer. Él era tan solo un niño, así que supuse que estaba triste, y en consecuencia también lo abracé, con el objetivo de que se pusiera contento.



Entonces empezó aquello que me dejó marcado de por vida: cuando lo abracé, comenzó a acariciarme la espalda. No me incomodó para nada, me hacía un cosquilleo, dejé que siguiera, pues presentía que él iba a ponerse mejor. No fue así. Siguió tocándome, hasta que alzó la cabeza y lo volvió a hacer: llevó mis labios hacia los suyos, y en segundos estaba encima de mí.

Fue entonces cuando mi vida se arruinó por completo. Odié a mi primo desde aquella velada en que se apoderó de mis entrañas y arrebató mi alma.




MISHELL ANDREA VEGA
nació en Quito, Pichincha, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Tumbaco. Su actividad favorita es jugar ajedrez.

Mi soledad irónica

Fría era la noche en la que me convertiría en Sherlock Holmes para intentar reconstruir la escena en que la maestra había tratado, un día antes, de enseñarnos logaritmos. Pero ¿qué es eso?, ¿lo escuchan...? Sí, exacto, alguien ha gritado muy cerca de mi habitación. No es un grito de reacción al ver una araña sobre un escritorio, es más bien un grito que sale de muy dentro del alma, como si ella estuviera ahogándose en un mar de lágrimas.

Ese grito me dejo atónita. Sentí cómo mi corazón temblaba no por el susto que me había provocado, sino porque temía saber



cuál era la razón de aquel escalofriante sonido. Recuerdo que mi mano tembló cuando toqué la perilla; la verdad, mi cuerpo estaba invadido de mucho miedo, y descubrir la razón se parecía a cruzar un gran abismo.

Por fin abrí la puerta. La escena era deplorable, nunca había sentido lo que sentí esa noche. Todo el mundo a mi alrededor se quebraba en llanto, yo no entendía nada y ello me asustaba más. Vi a mamá tratando de entrar en razón frente a lo que había sucedido; claro, era solo lo que se imaginaba en aquella complicada situación. Tenía que ir yo a preguntar, tenía que saber lo que sucedía, pues mamá no se veía tan destrozada como mi familia, ¡tenía que hacerlo!

Me acerqué con lentitud, como quien trata de no empeorar la situación pero lo terminará haciendo de un modo u otro.

—¿Qué pasó, mamá? —le dije susurrando inquieta.

Ella… ella simplemente se quedó callada: sentía que su corazón se quebraba cuando me miró fijamente, fue cuando entendí que el silencio no es solo la ausencia de sonido sino también un lamento ahogado muy dentro del ser. Luego de soltar un gran suspiro, con una lágrima acariciando su suave mejilla, me dijo:

—Es tu abuela… Simplemente ya no está, se ha ido y no volverá.

Mi cuerpo se enfrió junto con mi alma. Sentí cómo la razón trataba de procesar lo que mis oídos habían escuchado, pero era muy tarde: mi corazón había decidido cerrar la puerta, no quería escuchar nada más; solo quiso sentarse en una esquina y llorar, llorar hasta que el mundo se acabara, hasta que mi abuela volviera.

¡Alto!, ¡es mentira! Mi abuela solo salió en la tarde, ella me dijo que volvería, todos están siendo un poco exagerados, solo porque mi abuela no ha llegado no significa que… Solo la esperaré en la puerta y les demostraré a todos que están equivocados. Mi abuela debe estar muy ocupada aún, ella dijo que tenía que hacer muchas cosas hoy, ¡es solo eso!

Cuando escuché que la puerta principal se abría, corrí gritando: "¡Abuela!, ¡abuela!", pero otra vez había actuado bajo mis instintos, sin medir las posibles consecuencias de mis actos. Claro, soy humana, tengo derecho a equivocarme, solo que esta vez sí me costó el haberlo hecho. Lo que temía: no era mi abuela; era mi tío, cuyos ojos por primera vez en toda mi vida me miraron con algo más que enojo.

—¿ACASO TE PARECE GRACIOSO? —me gritó.

Siendo muy sincera, no era mi intención provocar eso, yo solo trataba de demostrarles a todos que mi abuela estaba bien, que no era necesario ponerse así solo porque no había llegado. Sin importar cómo me sentí con ese regaño, ahí iba de nuevo:

—Tío, ¿ha visto a mi abuela, acaso?

Creo que ese fue el error más grande que he cometido hasta ahora, pues la respuesta no solo me dejó sin una palabra sino que también provocó que mi tío me agrediese verbalmente; nunca lo había visto actuar así. Hasta ahora no sé qué me traumó más: saber que mi abuela había fallecido o que mi familia se estaba rompiendo poco a poco. Ya nadie estaba alegre en casa, siempre era lo mismo, todos llorando, todos peleando, todos gritándose. Recuerdo que incluso solía quedarme fuera de casa esperando que todos se calmasen para poder entrar.

Ciertamente, la muerte de mi abuela no provocó lo que yo esperaba. Supuse que nos uniríamos más, al estar todos con nuestros corazones destrozados; pero no, ahora nadie comparte con nadie. Me siento sola vaya adonde vaya, ya nada es lo mismo; desde que mi abuela se fue, ni siquiera los árboles quieren sonreír.

Hoy pensaba visitarla y contarle lo que ha estado pasando, solo que es mejor no agobiarla. Iré feliz a verla, le llevaré unas flores, tal vez eso la ponga contenta. A ella le encantaban: cuando era niña, le regalé una junto con una carta, y pensé que no le dio importancia hasta que un día la encontré guardada en su baúl. También le escribiré una carta y se la leeré para evitar que sus ojos cansados lo hagan; solo quiero que sepa que no la he olvidado y que cada día me hace mucha falta. Que sepa que he aprendido la lección, que es terrible darse cuenta de que uno tiene a alguien especial en su vida cuando ya no está junto a nosotros.




JENNY ELIZABETH LÓPEZ
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Selva Alegre.

El conjuro

Un día del año 2010, mi tío y yo estábamos dando de comer a unos gallos que tenía mi papá, cuando se empezaron a pelear. Mi tío tomó a uno de los animales en sus brazos y en eso llegó mi papá:

—¡Deja el gallo, que no es tuyo! —dijo, exaltado—. ¡Y lárgate de mi casa!

—¿Qué te pasa? —contestó, confundido, mi tío—. ¿Qué te hice para que te enojes de esa forma?

Pero mi padre se enardeció aún más y le buscó pelea. Justo a tiempo llegó mi abuelita corriendo:



—¿Qué pasa aquí?

Y respondió mi papá:

—¡Que su hijo es un pobre tonto que quiere coger las cosas que no son de él!

—Pero si yo no estoy cogiendo nada… ¿Qué te pasa, Amílcar? —contestó mi tío.

—Basta, dejen de pelear —medió mi abuelita.

Yo, mientras, sostenía al gallo, pero mi abuelita me lo arrebató, lo mató y se lo lanzó a la cara de mi papá.

—¿Por qué eres así con tu hermano? —le gritó—. ¿Qué te pasa? ¡Eres un loco que no hace nada!

Mi papá reaccionó tan mal que quería hasta pegarle a su propia madre. Mi abuelita estaba llorando.

—Me voy y no pienso regresar nunca a tu casa, hasta el día que me vayas a pedir perdón —dijo.

En ese momento llegó mi mamá, que le pidió que perdonara a mi padre por lo que había hecho, pero no hubo caso. Llorando, entró al cuarto donde estaba mi papá y lo regañó tanto, tanto que lo dejó sin habla. Por esa gran pelea, Diosito nos castigó.

Una tarde, mi madre y yo salimos a hacer unas actividades de la comunidad. Ya era tarde, pero bajábamos muy tranquilas. Cuando pasábamos por una casa abandonada del barrio, de pronto vino un viento muy fuerte que me hizo regresar a ver a la vivienda. Lo que encontré fue de otro mundo.

—Mamá, esa casa no está abandonada —dije con voz fuerte—. Ahí hay un hombre pequeño, ¿lo ves?

Yo escuchaba que me ofrecía de todo: golosinas, pasteles, dinero, oro… Todo a cambio de que me fuera con él, ¡y yo sí me quería ir!

—Hija, ¿qué te pasa? —dijo mi mamá—. ¡Vamos a casa! Lo que dices son mentiras, yo no veo absolutamente nada.

Y yo, que era una necia, me quería ir. Había que saltar un alambrado para entrar a esa casa, y yo quería llevar a mi mamá conmigo. De repente escuché que el hombre me decía:

—¡Ven tú sola! Si no, te arrepentirás. ¡Solo te quiero a ti!

Como yo era simplemente una niña inocente, forcejeaba con mi mamá para que me dejara, pero terminó llevándome a nuestra casa a la fuerza.

Desde entonces comenzó mi historia más triste. Todos los días a las diez de la noche, yo me ponía mal: se me hinchaba la barriga, me daban náuseas y tenía diarrea; ya me moría. Mis padres, sin saber qué hacer, me llevaron donde una señora llamada Celia Varela, que me vio y dijo:

—Esta niña ha visto al demonio. Tienen que curarla breve porque es peligroso.

Cuando mis padres le preguntaron cómo harían para curarme, contestó:

—Cojan flores de todos los colores. Límpienla con ellas, rezando con mucha fe, y pongan cruces secretas, es decir, donde no se vean. —Así lo hicieron mis padres, pero yo seguía muy mal.

Sin atinar qué hacer, vieron a un hombre llamado Luis Flores para que me curara, pero como él era de carácter muy fuerte esa noche que fue a mi casa el demonio no llegó.

—No viene, así que no la puedo curar —dijo, y esa noche yo pasé muy bien.

Todos creían que no era el demonio lo que yo había visto, pero al otro día me volví a poner mal. De noche parecía que alguien llegaba, porque el entablado sonaba como que caminaran. Los perros de mi papá aullaban y huían del corredor. Mis padres rezaban, me limpiaban con el Niñito y con flores. Tenían tanto miedo que se amanecían sentados rezando hasta que yo me pusiera mejor. En el día era como si nada pasara.

Una mañana, mi mamá dijo:

—Vamos donde el cura a ver qué dice.

Y nos fuimos, llegamos a la iglesia. Yo forcejeaba por no entrar, pero mis padres me metieron a la fuerza. El cura comenzó a rezar y nos dijo que tuviéramos fe. Luego tomó el cordón que llevaba amarrado a la cintura e hizo un conjuro. Aunque yo gritaba y gritaba, mis padres me sostuvieron hasta que me envolvieron con el cordón y después de un rato ya estuve tranquila.

Luego el cura les dijo a mis padres:

—Tomen agua bendita y vayan a la casa. Riéguenla por todo el lugar y recen mucho, porque su fe salvará a su hija. —Y así lo hicieron.

Esa noche, mi padre tuvo un sueño: el demonio llegaba a la casa y le decía:

—Conque me ganaste…

—Claro —decía mi padre—, tengo que ganarte porque ella es mi hija. ¿Qué pensabas, que te la iba a dar? Estás muy equivocado.

Con esto, mi padre recapacitó y fue a pedirle perdón a su madre. Ella le respondió:

—Diosito te castigó por lo que hiciste conmigo, pero dando gracias a Dios ha salido de la mejor manera. Tienes que darte cuenta de que estuvo muy mal.

Desde ese momento ya no me pasa nada. Ahora tengo dieciséis años y puedo contar mi historia.




JESSICA VANESA JIMÉNEZ
nació en Tena, Napo, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Nacional Tena. Su actividad favorita es leer libros.

Lo mejor del destino

Como cada mañana, María despertaba, pensando en aquello que no había podido vivir. Era muy aplicada, así que se graduó de la universidad e inmediatamente tuvo su propio trabajo, con un buen sueldo; además, estaba muy feliz por tener a sus padres juntos y vivos. Sin embargo, quería enamorarse, pero nadie le hacía sentir una emoción fuera de lo común. Desde que era niña soñaba con casarse con un hombre que la amase, pero el tiempo

iba pasando y aquel hombre no aparecía. A los siete años había asegurado que se casaría a los 25, ¡y ya tenía esa edad!

Una mañana, como de costumbre, salió a buscar un café con galletas de chocolate, sus favoritas. Cuando entró a la cafetería, no se percató de que un hombre salía muy apurado con dos vasos en las manos; entonces chocaron y por accidente María terminó empapada de café.

La joven se enojó tanto que empezó a insultarlo. Mientras, Gabriel, que así se llamaba el hombre, trataba de calmarla. Aquel día era muy importante para María: acababa de comprar la ropa que llevaba puesta, y su plan era estrenarla en el trabajo. Gabriel quiso ayudarla pero ya era demasiado tarde, pues María salió de la cafetería a toda prisa.

Llegó a su casa y su madre, muy sorprendida, le preguntó qué había sucedido. María no dijo nada, solo fue corriendo a ducharse nuevamente y a cambiarse de ropa para volver a la oficina. Cuando salió de la casa, Gabriel la estaba esperando: quería disculparse en serio con ella e invitarla a cenar. María le sugirió con una sonrisa que ya no estaba enojada, y aceptó.

El hombre pasó a verla a la noche, quería llevarla a un lugar muy atractivo que conocía. María se había puesto un vestido rojo y estaba muy hermosa. En el restaurante conversaron como si se conocieran desde hacía años. Rieron hasta que se cansaron y disfrutaron de la comida —que estuvo deliciosa—, hasta que se dieron cuenta de que debían trabajar al día siguiente. Esa noche, María comenzó a pensar en lo que había sucedido. Por cómo se habían dado las cosas, llegó a la conclusión de que el destino había querido que se conocieran, así que se fue a dormir muy feliz.

Al día siguiente, al entrar a su oficina, se enteró de que habían contratado a un nuevo compañero. Aunque no le



gustaba la idea de que alguien más la acompañara en el trabajo, quería conocerlo. Fue al baño a mirar si estaba bien arreglada y luego se dirigió a la sala de conferencias. De repente, vio a Gabriel. Preguntó inmediatamente si él era el nuevo miembro, pero la respuesta que recibió la dejó anonadada: Gabriel era su jefe, el dueño de la empresa, al que nunca había conocido. Cuando este finalmente se acercó a saludar a María, ella lo recibió con una gran bofetada que se escuchó en toda la sala. De inmediato presentó la renuncia, recogió sus cosas y desapareció, enfadada.

Al llegar a su casa, no quiso hablar con nadie y se encerró en su habitación. Lloró hasta que tocaron la puerta: era su madre, con una taza de té para tranquilizarla; unos minutos antes había llegado Gabriel y le había contado lo sucedido. María la abrazó, secó sus lágrimas y bajó a hablar con él.

Gabriel tenía una rosa para ella. María, todavía muy confundida por lo que había pasado en la oficina, quiso saber por qué en ningún momento le había contado la verdad. Él, con gran valentía, explicó que hacía unos meses su padre había fallecido, y como era hijo único todo pasó a su propiedad. No sabía nada del negocio, pero no le quedaba otra opción que aceptar el legado familiar, al punto de dejar su labor de médico en uno de los mejores hospitales de la ciudad.

Así arreglaron las cosas entre los dos. Gabriel acompañó a María a hacer compras, y durante el día rieron mucho juntos. En un momento, mientras caminaban, él la agarró por los brazos y le dio una vuelta; cuando María se detuvo, se acercó y sus labios chocaron; luego, se fundieron en un abrazo. Allí, Gabriel le confesó que estaba perdidamente enamorado; además, ya estaban grandecitos como para sentir que aquella era solo una ilusión. Muy seguro de cada palabra que decía, Gabriel agarró la mano de María cuando la llevaba de vuelta a su casa, y ella lo invitó a cenar, para que conociese a sus padres.

Cuando ya estaban todos en la mesa, Gabriel se puso de pie y le pidió matrimonio frente a sus padres. María aceptó, y se casaron, fueron felices y tuvieron dos hijos de los cuales se sentían muy orgullosos.

Cuando María cumplió 72 años, se enteró de que tenía cáncer de estómago muy avanzado, terminal. Se lo habían diagnosticado después de tener a su primer hijo, pero había podido mantenerlo a raya con medicamentos y tratamientos. Gabriel nunca lo supo; solamente sabía que visitaba seguido al médico, pero que estaba bien.

Sin embargo, una tarde se puso pálida y se desmayó frente a sus hijos. Estos llamaron a la ambulancia y fueron directo al hospital. Gabriel se encontraba fuera de la ciudad, pero cuando sus hijos

lo llamaron, completamente desesperados, volvió lo más rápido que pudo.

Cuando le informaron lo que pasaba con María, quedó impactado, no sabía cómo reaccionar ni qué decirle a sus hijos. Entró en la habitación de su esposa con una rosa idéntica a la que le había regalado alguna vez. Quiso saber cómo habían llegado las cosas hasta ese punto tan preocupante, pero María ya casi no podía hablar, estaba conectada a una máquina que le daba vida momentáneamente.

Con una sonrisa y una mirada tierna y calma, miraba a Gabriel, mientras que él lloraba al entender que ya no la volvería a tener en sus brazos. Como pudo, María le agradeció el tiempo compartido y las cosas, buenas y malas, que habían vivido juntos. Confesó que de nadie se había enamorado tanto como de él, y que estaba orgullosa de la familia que habían formado. Quería seguir hablando, pero no avanzó. La máquina que la tenía viva comenzó a dar alertas y los médicos entraron corriendo. Gabriel salió para que ellos se encargaran, y luego de unos minutos, salieron a informarle que María había fallecido.

Con un nudo en la garganta y un vacío en el pecho, Gabriel preparó todo para su entierro. Todos los allegados de la familia dieron sus condolencias. Aquella tarde todo estuvo muy silencioso. En el cementerio, los amigos de la familia se fueron yendo uno por uno, hasta que quedaron solo Gabriel y sus hijos frente a la tumba de María. Allí permanecieron en silencio los tres, y luego de unos minutos se marcharon a casa con los rostros muy tristes, como apagados.

Pasaron algunos años y a Gabriel se le arrugaba cada vez más la cara. Ya no podía dormir tranquilamente, quería que llegase también su hora y así ocurrió. Una mañana, simplemente dejó de respirar. Sus hijos prepararon su entierro y siguieron con su vida: formaron sus familias y fueron felices, como sus padres lo habían sido.




JOSEPH EZEQUIEL CAMINO
nació en Ambato, Tungurahua, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Luis Felipe Borja. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Un viaje lleno de ilusión

El día más feliz de mi vida fue hace un par de años. Toda mi familia se había reunido para planificar un viaje. No sabíamos a dónde iríamos ni qué haríamos; solo teníamos en claro que el viaje se realizaría un sábado y que debíamos estar listos porque saldríamos muy temprano.

Pues bien, ese día llegó. Mis padres nos levantaron a mis hermanos y a mí, y nos vestimos muy contentos. Primero fuimos



donde mis tíos; ellos, con mis primos y mi abuela, también estaban listos, así que seguimos juntos nuestro camino. En total éramos dieciséis en tres autos.

En nuestro automóvil, mis padres, mis hermanos y yo íbamos alegres escuchando música. Yo disfrutaba del paisaje de la zona amazónica del Ecuador. Después de un largo rato, mis padres se detuvieron para conversar con mis tíos sobre dónde detenerse para pasar la tarde; la conclusión fue que pararíamos en un lugar agradable.

Continuábamos con el viaje cuando de la nada mi tío, que estaba adelante, entró por un camino viejo y estrecho sin asfaltar. Mi padre lo siguió hasta que nos detuvimos en un lugar bellísimo, cerca de un río de agua cristalina. En vez de tierra tenía arena, como si estuviéramos en la playa, pero con los hermosos sonidos de la selva amazónica. Todos nos maravillamos.

Los adultos empezaron a preparar una parrillada mientras mis hermanos y yo jugábamos con nuestros primos a las escondidas y a las cogidas. Cansado después de tanto corretear, ayudé a mis padres con la comida. Tenía un olor fascinante; no podía esperar a probarla.

Al acabar de comer, todos entramos al río. El agua era cálida y su corriente, placentera. Nos divertíamos jugando con una pelota que teníamos, mientras los que sabían nadar lo hacían. Fantaseaba con que ese bello momento no acabara, pero algún momento tenía que ocurrir.

Cuando se acercaba el atardecer, los adultos propusieron que nos retiráramos, y eso hicimos. Yo me despedí de mis primos porque al entrar a los autos no nos volveríamos a ver hasta la próxima. En sus ojos y en los de mis tíos y abuela vi que no solo yo había pasado un día genial.




ARTURO REINALDO TAIPE
nació en Naranjito, Guayas, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Naranjito. Su actividad favorita es leer en su tiempo libre.

El desafío de Ethan

Agobiada por los problemas personales y por la desfavorable situación en que se encontraba el país después del terremoto del 16 de abril del 2016, Eva tomó la difícil decisión de abandonar a su hijo en la puerta de un orfanato situado en el centro de la ciudad. Desapareció lentamente, mirando con nostalgia, por última vez, la inocencia reflejada en la cara del pequeño niño.

No había mucho que apreciar: las paredes cuarteadas, la suciedad por todos lados y los pedazos de vidrios dispersados hacían del sitio un ejemplo de la gravedad de la situación a nivel

nacional. Pero fue allí, en ese lugar lleno de frío y en completa oscuridad, donde la hermana Martha se percató de aquel ángel cuya sonrisa era imposible de borrar. Lo tomó en sus desgastados brazos y lo llevó hacia los cuartos del orfanato. Llena de interrogantes, Martha se puso a pensar en el propósito de la vida de Ethan.

Al crecer, el niño sentía el rechazo de sus compañeros, pues su manera de actuar y de pensar era muy diferente: mientras a él le gustaba leer su libro preferido, *La emancipada*, a los otros les gustaba hacer travesuras; mientras a él le gustaba estudiar, los demás se la pasaban jugando. Ethan no le dio mucha importancia al asunto, hasta que un día descubrió que a su mejor amigo, Steven, lo habían golpeado por el color de su piel, y aunque muchas veces lo habían intimidado, decidió romper el silencio y contarle la mala actitud de sus compañeros a la hermana Martha, quien supo cómo manejar la situación y hacer que aquel problema no se volviera a repetir.

Cada mes solía visitarlos alguna pareja de jóvenes recién casados, dispuestos a adoptar a un niño. Ethan era el más emocionado al oír la noticia, pues aunque quería a la hermana Martha y a su mejor amigo como familia, sentía la necesidad de estar bajo el calor de su propio hogar, rodeado por padres que lo amaran, que lo educaran, que lo vieran crecer, que le enseñaran y lo corrigieran cuando hiciera algo mal. Quería llorar junto al regazo de un padre, quería festejar en el pecho de una madre, quería compartir las peleas y las risas con un hermano. Pero cada mes que pasaba, llegado el momento, prefería que otros niños cumplieran sus sueños y anhelos antes que él y les cedía su lugar en la nueva familia, cuando lo elegían. Así, cada noche se sentaba en el filo de la ventana de su cuarto, con la mirada fija hacia la deslumbrante y hermosa Luna, preguntándose si un día se permitiría ser feliz.



Nunca sucedió, y finalmente Ethan tuvo la edad suficiente para comenzar su propia vida. Había sido educado correctamente, pero sabía que las paredes que lo habían visto crecer no eran las mismas con las que tenía que enfrentarse ahora. Las personas que tendría que conocer no iban a ser tan amables y tan sinceras como aquellas con las que había compartido.

Con el poco dinero que la hermana Martha le obsequió antes de morir, pudo comprarse su propio cuarto en otra provincia, y empezó a diseñar su futuro, aunque no estaba seguro de si iba a funcionar. Su pasión era el cine; le encantaba crear sus propios dramas y cuentos en el orfanato, pues de esta manera ayudaba a los demás niños vulnerables a sentirse fuertes y aptos para la vida. Pero lo que más plasmaba en sus relatos era la vida ficticia que habría tenido si hubiera sido criado por sus verdaderos padres. Esto llegó a afectarlo durante mucho tiempo, hasta que se dio

cuenta de que no debía desperdiciar su memoria en recordar los momentos más tristes para olvidar los instantes risueños y benditos que había tenido.

Consiguió un trabajo como asesor de un gran guionista, en una empresa distinguida por las películas que difundía y la manera en que estaban redactadas. Muy pronto, Ethan subió de rango y llegó a ser muy reconocido, no solo por su fama y potencial, sino por su humildad y su manera de tratar a sus compañeros de trabajo.

Todo iba bien hasta que un día Ethan se enteró de que su cuerpo había arrastrado desde el nacimiento el virus del sida. Su vida se puso de cabeza: el dolor inundó su alma y su corazón, su mente no dejaba de pensar por qué el destino había sido tan cruel con él, por qué nunca le dio la oportunidad de ser completamente feliz. Se sentía el hombre más desafortunado de este mundo, deseaba refugiarse en los vicios de los jóvenes, deseaba desatar su ira con los demás, deseaba enojarse y hacer mal a los más débiles, tan solo porque estaba pasando un problema grave. Deseaba hacerlo, pero su conciencia no se lo permitía. Decidió lo contrario: ayudar, en el poco tiempo de vida que le restaba, a las personas que sí tenían esperanzas de sobrevivir. Así pues, cogió papel y tinta para escribir una historia.

Manipular el lápiz, cambiar la página, llorar en cada párrafo en que la melancolía lo abrumaba eran las únicas maneras en que se podía desahogar. Pudo terminar su libro y, para su gran suerte, fue el más leído y distribuido del país. Muchos lectores le escribieron cartas para felicitarlo, y le deseaban una vida llena de gozo y bendiciones. Cada vez que las leía, el calor de su sonrisa volvía a ser el mismo que cuando la hermana Martha lo había encontrado en la puerta del orfanato.

No pasó mucho tiempo hasta que la enfermedad determinó su muerte. Antes de que lo llevaran al hospital, encontró debajo de su cama una carta que decía:

"Ethan, perdóname por lo que he hecho. Seguro te sentirás muy triste al leer esta carta, seguro me odiarás, pero déjame explicarte: no tuve otra opción que abandonarte, tu vida corría peligro. Por malas decisiones de tu padre, fuiste vendido, antes de nacer, a unos mercenarios, que te tenían destinado a ser un esclavo. Lo único en que pensé fue en tu felicidad y en tu derecho a nacer libre sin la imposición de esa carga. Seguro que para cuando puedas leer esto, yo ya habré muerto, y nunca podré volver a vislumbrar la sonrisa cálida de mi pequeño hijo.

Habrá muchos desafíos, Ethan, pero recuerda que en esta vida hay dos clases de personas: quienes velan por su propio bienestar sin que les importe hacer daño a los demás, y quienes se preocupan por los que aman a pesar de sus propias dificultades. Yo fui la segunda clase de persona y espero que tú también lo seas.

Con amor, tu madre, Eva".

CINTYA ANABEL MARÍN
nació en Sucúa, Morona Santiago, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Sucúa. Su actividad favorita es bailar.

Por un buen futuro

Nací el 7 de marzo del 2000 en la ciudad de Sucúa; mis padres son Gladys y Oswaldo. Mi madre me tuvo a la corta edad de dieciséis años y al año siguiente tuvo a mi hermana; vivíamos en la casa de mi abuelita. Mi padre trabajaba en construcción y no dejaba que mi madre laborara en ningún lado que no fuera el hogar.

Cuando tenía tres años, me escapé de la casa y salí a buscar a mi papá al trabajo. Mi mamá ni cuenta se había dado. Una amiga suya me encontró por la pileta y me llevó a la casa, y allí mi mamá cortó una ortiga y me castigó. Nunca más me escapé.



Al cumplir cinco, mi papá me preguntó si yo quería que él viajara a los Estados Unidos. Le dije que no, que quería que estuviera con nosotras en las buenas y en las malas, que nunca nos dejara solas, que siempre íbamos a necesitar de él. Pero un 13 de febrero, como a las dos y media de la madrugada, cogió un bus y se marchó para siempre.

Al principio, con mi hermana sufríamos mucho. Recién después de un mes volvimos a hablar con él. Nos dijo que estuviéramos tranquilas porque se encontraba bien, que había tomado la decisión de viajar para darnos una casa y una mejor vida. Cuando conversó conmigo, me recordó aquella vez que me había preguntado si quería que se fuera a Estados Unidos; me dijo que ya tenía las maletas listas. Nos pidió que no sufriéramos, que volvería a los tres años para estar con nosotras.

Hasta un año después de su partida, nos mandaba dinero y ropa, y nunca dejaba de llamarnos para saber cómo estábamos. Pero pasó más tiempo y empezaron los problemas con mi mamá.

En una ocasión, escuché que mi padre le decía que se quería divorciar, porque ya tenía otra mujer; ese fue el peor día de mi vida. Al año siguiente lo hicieron. Desde entonces, solo nos llamaba cuando era nuestro cumpleaños o cuando necesitaba algo. Ya no nos mandaba dinero, no se preocupaba por nosotras, nunca cumplió lo que había prometido; solo creía lo que los hermanos le decían.

Por su parte, mi madre trabajaba mucho para darnos de comer y sacarnos adelante. Mi papá nos hacía tanta falta… Recuerdo que las cartas que le hacíamos para el Día del Padre teníamos que dárselas a mi mamá, porque con él se iba perdiendo la comunicación.

Cuando tenía catorce años, mi madre se casó con un señor muy buena gente. Un año después, él me preguntó si quería una fiesta de quince y le dije que no lo sabía todavía. Era su ilusión, porque mi hermana y yo éramos como hijas para él; eso me lo contó mi mamá.

Entonces, le dije que sí quería, pero que el mejor regalo que podía pedir era que mi papá estuviera presente. Mi mamá suspiró y, mirándome a los ojos, me dijo:

—Ay, hija, así es la vida, ¿qué podemos hacer? Nuestro destino ha sido así.

Pasaron los meses hasta que al fin llegó la fecha de mi cumpleaños. Fue una noche hermosa. Me sentía alegre, pues me acompañaban las personas a las que más quería, pero a la vez estaba triste porque el hombre al que más amo, mi padre, ni siquiera me había llamado.

Un día nos enteramos que ya se había casado, y que iba a tener una hija. Desde entonces y hasta hoy, no he hablado con él; solo nos pasa las pensiones alimenticias y nada más. La única que ha estado en las buenas y malas ha sido nuestra madre, una mujer incansable que sigue luchando para que tengamos un buen futuro.




MARTHA MARÍA CARPIO
nació en Loja, Loja, en 1975. Trabaja en la Unidad Educativa Fiscomisional Calasanz. Su actividad favorita es pintar.

Mi última lágrima

Esta mañana amaneció reluciente, como todos los sábados. Una brisa suave acaricia mi rostro, abraza mi ser mientras contemplo tu morada de descanso. Definitivamente se percibe un aroma a ti. Visualizo el campo de los recuerdos y reluce un brillo, colores que me aseguran la inmensa armonía y paz en todo el lugar.

Tu recuerdo invade mi alma y siento cómo se deslizan sobre mi semblante lágrimas de alegría y nostalgia. Viene a mi mente la tarde en que sentí desvanecerse todo mi cuerpo y mi vida entera; un mundo no conocido me aplastaba, y mis fuerzas se extinguían.



“¡No puede ser!”: oía retumbar esa expresión hasta en el más pequeño rincón del hospital y, cuando viré la mirada, familia, amigos y compañeros estaban a mi alrededor. “¡Calma, calma!”, escuchaba que me susurraban al oído. Lo único que quería era que tú, hijito, salieras por esa puerta grande y fría y me dijeras: “¡Estoy bien, mamita!”. Una esperanza irreal.

Fueron muchas las palabras, los abrazos y los gestos de motivación que las personas irradiaban para que alzara mi cabeza y transmitiera una señal de sosiego, pero al mismo tiempo sabían que era imposible detener la desesperación que explotaba dentro de mí. De repente se me atravesó por un instante la expresión que había escuchado en el último acercamiento contigo: “¡Tranquila!”.

Ahora que han pasado un año y dos meses, sigo pensando en ti, con tu sonrisa siempre presente en mi accionar diario, como un motor que me lleva a caminar con confianza. ¡Tú vives en mí!

El cariño y la consideración que tienen tus amigos y familiares hacen que mi vida tenga sentido: “Te quiero mucho, Joshito”, “Te recodaremos siempre”, “El recuerdo de tu sonrisa siempre nos hará sonreír”, “Te extrañamos, gordo”..., cientos de gestos que nos permiten darnos cuenta de que todo lo que hagamos con actitud y valor humano será recordado.

Un ángel del cielo me mima, me ama. En mis días de soledad y nostalgia, me envía razones para seguir mi caminata. Tan solo levanto mis ojos al cielo y un rayo de luz invade mi mente, una estrella fugaz despierta mi ser y en mi corazón palpita la esperanza. Invade mi cuerpo la fuerza divina, y mi rostro esboza una infinita alegría. Es lo que me alimenta día a día: tu eterna sonrisa, que vive en mí.

Seguirán pasando los días, los meses y los años, y seguiré recordándote con regocijo y una sonrisa radiante. Y cuando inhale el último respiro de mi existencia, cuando mi corazón deje de latir, solamente en ese momento verán deslizarse de mi rostro mi última lágrima.




BLANCA YOLANDA MALES
nació en Antonio Ante, Imbabura, en 1968. Trabaja en la Escuela Provincia de El Oro. Su actividad favorita es la docencia.

Un juego de sueños

Hace mucho tiempo, en un pueblito asentado en las faldas de la mama Cotacachi, vivía una niña llamada Rosita, la segunda de tres hermanos de una familia muy modesta. Era inquieta y muy alegre, de cabello largo, pero no le gustaba cepillárselo porque le dolía mucho.

Su abuelito se llamaba Alberto, pero de cariño le decían Tito. Era ciego a causa de un accidente al caer de un caballo. Su don era jugar ajedrez, y se lo enseñaba a su nieta todas las tardes.

Rosita salía de su escuela y se dirigía a su casa. Entraba a su cuarto y se cambiaba el uniforme por otra ropa para dirigirse a la cocina y servirse el almuerzo de su familia. Luego ayudaba a su madre con el negocio que tenía para que más tarde le diera permiso para jugar ajedrez.

Tras terminar sus tareas, iba a la casa de su abuelo. Cuando tardaba, él se preguntaba: "¿Por qué no viene mi nieta? ¿Qué le sucedería?". Pero cuando Rosita llegaba y él escuchaba su voz, se le dibujaba una gran sonrisa en el rostro.

Quien los veía observaba que era una pareja muy especial: cuando jugaban, no existía nadie más a su alrededor. El ajedrez era su entretenimiento y su deporte favorito.

Al terminar el juego, Rosita tomaba la mano de su abuelito, le pasaba su bastón, que era un palo rústico y viejo de color café, y se levantaba para dirigirse a la tienda a comprar helados de frutas, los preferidos de los dos.

—¡Ricos helados para los campeones! —decía.

Esa era la rutina, no descansaban ni un día. El banquito de palo y la mesa vieja color café eran testigos mudos de aquellos encuentros cada tarde a las cuatro.

Al regresar a su casa en la noche, Rosita le contaba a su mamá las nuevas enseñanzas de su abuelito.

—¡Qué inteligente es! ¡Lo admiro mucho, es un ejemplo a seguir!

La niña se recostaba en su cama y le pedía a Dios por la salud de su abuelito querido y su familia. Se preocupaba tanto que no quería desampararlo ni un instante; tenía miedo de que le pasara algo. Era su héroe. Lo admiraba mucho porque, a pesar de la pobreza, había salido adelante representando a su ciudad en los juegos nacionales de su época.



Pese a estar ciego siempre trataba de superar cualquier obstáculo y continuaba jugando con una perfección inigualable. Rosita a veces pensaba que no había perdido la vista, porque jugaba como si estuviera mirando las piezas, y las ubicaba en el lugar preciso.

Un tarde, la niña, como siempre, llegó a la casa de su abuelito y lo encontró sentado en su banco. Le miró una y otra vez el rostro envejecido, agotado, pero con mucha alegría de ver llegar a su pequeña nieta.

—Te tengo una gran sorpresa —le dijo.

—¿Qué es, abuelito? —se emocionó Rosita.

—Espera un ratito, hijita. ¡Qué ansiosa que estás!

—¿Qué es, abuelito? —siguió ella.

—Un ratito, no te desesperes.

La niña saltó y saltó de emoción, y en un parpadeo el abuelo colocó en sus manos el tablero de ajedrez con el que había logrado su triunfo en la provincia.

—Rosita, hija mía, este es el mayor tesoro que te puedo dar, para que me recuerdes siempre.

Rosita se alegró tanto que, apenas llegó a su casa, le enseñó el tablero a su madre. Sin embargo, no dejaba de preguntarse: "¿Por qué me lo dio hoy?". No lograba entender lo que estaba sucediendo ni pidió explicaciones a nadie, pero continuaba muy inquieta.

Al día siguiente, recibió una gran noticia: viajaría a otra ciudad porque estaba inscrita para concursar en su primera competencia de ajedrez. Al escucharlo, explotó de emoción y corrió a la casa de su abuelito a contárselo. Sin embargo, al llegar, encontró el banquito vacío y la mesa sola.

—¿Y mi abuelo Tito? —le preguntó a su abuela—. ¿Dónde está?

La abuela, con lágrimas en los ojos, le respondió:

—En el cielo, con Dios. Él siempre va a estar a tu lado en todo momento.

Rosita se echó a llorar y corrió a ver a su abuelito. Lo encontró en su cama, dormido pero lleno de felicidad; su rostro tenía una frescura de paz. Al verlo, le prometió que ganaría el campeonato en honor a sus enseñanzas tan precisas, ya que había sido un maestro ejemplar y un gran apoyo.




DANIEL ROLANDO MÁRQUEZ
nació en El Chaco, Napo, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Chaco. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Desde otra perspectiva

Daniel, 17 años. Esta historia tiene como base fundamental contar cómo este chico mira su vida desde otra perspectiva, más allá de los prejuicios y de lo sucedido en el poco tiempo de vida transcurrido para este ser humano en la Tierra. Apenas saliendo de la adolescencia, ya ha aprendido a vivir como si fuera anciano, y es que sucedieron tantas cosas en la vida de Daniel que podríamos tratar de hacer una lista y nunca terminaríamos, siempre hay algún sueño roto por agregar.

Empecemos. Daniel, de raza afroamericana, siempre ha sabido sonreír, siempre ha tratado de encontrarle algo bueno a lo malo y viceversa, porque siempre lo hay. Se acepta tal y como es, ese niño soñador no tiene que cambiar por nada ni por nadie. Ha caminado mucho sin rumbo, brindando un poco de lo necesario a los demás. Siempre ha estado del lado de la equidad. En sus sueños más profundos se convierte en villano de todos, pero en el héroe de su madre, y es por lo que siempre ha luchado: por ser el héroe de su heroína.

Dice que es bueno aceptar los errores que uno comete para aprender de ellos y después no volver a equivocarse, pero al mismo tiempo, ¿y si te equivocas toda la vida y te lo terminas llevando todo contigo a la tumba? Su pensamiento es retorcido, no hace falta entrar en debate contra él porque se contradice solo, porque pierde solo. Ni él mismo se soporta. Suele preguntarse por qué comete tantos errores, ¿acaso no es lo suficientemente grande como para decidir ir a vivir solo, como para tener y hacer lo que él quiera? Sabe perfectamente que no, que nunca será tan maduro como para no necesitar de nadie más; ser autosuficiente no está en su lista personal aún.

Esperen… ¿Les conté de la lista? Pues sí, este pequeño plebeyo tiene una lista personal de cosas que quiere ser o lograr, y allí se puede encontrar una variedad de tonterías: desde los sueños infantiles de ser astronauta y conocer a la Pantera Rosa, hasta el deseo de construirle un castillo a su madre.

Aprovechemos que estamos en el tema: todo es más fácil cuando eres niño, nadie te dice que las cosas son así, asado y cocinado, porque tienes un mundo aparte, porque nunca, nunca tienes que enfrentar ninguna realidad. Daniel hasta hace poco vivía como un niño con su primer dulce; en lugar de devorárselo de un solo bocado, lo guardaba, porque era su tesoro. ¿Perdía algo



haciéndolo? Quién sabe, pero en las mañanas, cuando se refleja en el espejo, no se ve tan feliz. Es más, hasta el espejo siente pena por su gesto. Antes de salir de casa su subconsciente le grita que sonría, que nadie le va a regalar la felicidad que se merece si no es él mismo.

En cierta parte tiene razón, no puede vivir todo el tiempo escondiéndose de la realidad como aquel niño. ¿Llegará el día en que Daniel enfrente la realidad? Él también lo está esperando.

Esta historia te quiere enseñar una lección: no esperes a que la oportunidad se vaya. Mira a tu alrededor, el tren se te está yendo, aún ni te has subido. No me digas que estás esperando el momento perfecto, porque, amigo mío, el momento perfecto no existe, el momento perfecto es este en el que me estás leyendo. Tu oportunidad de sonreír es ahora, tu oportunidad de ser astronauta y conocer a la Pantera Rosa se te está yendo, sube de una vez al tren, empieza a vivir.




BYRON FERNANDO SÁNCHEZ
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Joaquín Arias.

Es difícil, pero resistiré

Nací el 28 de abril del 2001 en la parroquia Chiquicha, cantón Pelileo, provincia de Tungurahua. Vengo de una familia humilde.

Mi madre, ya de señorita, tuvo a mi hermana mayor, Gloria, y un tiempo después se casó con mi padre. Quisiera decir que fue por amor, pero, bueno, solo lo fue por parte de mi padre, pues mis abuelos y mi bisabuelo paternos arreglaron el matrimonio.



De él nacimos mi hermanita Ruth Maribel, que se fue con Dios a temprana edad; mi hermano Danny, luego de dos años; mi hermano Óscar, tres años más tarde; y yo.

Al poco tiempo de que mi abuelita falleció, empezaron los problemas por su herencia. La hermana mayor de mi abuelita empezó a reclamar terrenos que no le pertenecían, y fue tal el conflicto que vino hasta la Policía. Al final, se quedó con parte de aquellas tierras.

Mi madre, sin embargo, ya no quería vivir en Chiquicha; no quería ser parte de una familia peleada por ese tipo de cosas, así que tomamos la decisión de irnos a vivir a Salasaca. Allí arrendamos una casita y empezamos de cero una nueva vida.

Todo fue nuevo para nosotros: no teníamos amistades y las personas nos miraban como a extraños. Al poco tiempo, los dueños de la casa nos dijeron que no podíamos vivir más allí,

así que tuvimos que buscar otra. No obstante, dondequiera que fuéramos, nos negaban la posibilidad de arrendar.

Mi hermana se quedó embarazada a temprana edad, mientras estudiaba, y tuvo a mi sobrina. Mi cuñado migró hacia España y con lo que trabajó hizo un dinerito; al regresar, pidió un préstamo para completar lo que le faltaba y así compró un terreno y se hizo su casa. Entonces, nos fuimos a vivir con ellos.

En un momento en que se les empezó a complicar el pago del préstamo, mi hermana y mi cuñado tuvieron que ir a trabajar a Brasil, y dejaron a mi sobrina al cuidado de mi madre. Con ella vivíamos mientras trabajábamos para comprar un terreno propio.

Sin embargo, cuando finalmente lo conseguimos, en el terreno encontramos muchos problemas, con lo cual quedamos endeudados; solo vivíamos del sueldo de mi padre, que era profesor. Mi madre se unió a mi hermana en Brasil para ayudar a cancelar las deudas, y me dejó, apenas con once años. Solo volvía en Navidad o en Finados, se quedaba un mes y se regresaba. Cada noche hablaba con ella a través del celular y le decía lo mucho que la extrañaba. Me sentía mal por no crecer junto a ella.

Mi hermano Danny culminó el colegio y se fue a estudiar en una universidad de Rusia. Mi madre lo ayudaba a pagarla mientras mi padre cuidaba de mi otro hermano y de mí.

Aparte del trabajo de mi padre como profesor, nos dedicábamos al campo en Chiquicha: íbamos todos los sábados a ganar algo de dinero. Uno de aquellos días, mi hermano y yo nos adelantamos a casa mientras mi padre se quedaba un rato más. Yo me fui a jugar al fútbol, y cuando volví me dijeron que mi papá estaba detenido. Ese momento nos pusimos a buscar papeles. En realidad no sabíamos qué hacer, solo llorábamos y rogábamos que lo dejaran regresar a la noche, pero no fue así.

Al amanecer del 10 de abril del 2016 fue la audiencia en el cantón Pelileo. Mi tía materna se puso a cargo de todo; claro, mi hermano y yo no sabíamos cómo proceder, no entendíamos de juicios ni de cómo conseguir abogado.

Recuerdo que me dolió intensamente ver que se llevaban a mi padre como si fuese un asesino. Cuando finalmente pregunté por qué estaba detenido, me dijeron que lo habían acusado de violar a una alumna suya de ocho años. No lo creí; para mí, mi padre era inocente. De igual manera lo creían todas las personas que lo conocían.

Cuando mi madre se enteró desde Brasil, le dio un derrame cerebral, casi pierde la vida. Durante un mes me quedé solo con mi hermano; mi padre estaba detenido y mi madre, muy grave en el hospital. Nunca olvidaré cómo nuestros familiares, vecinos e incluso compañeros de clase nos brindaron el pan de cada día. No habríamos podido sobrevivir sin ellos.

Al final, a mi madre le dieron el alta y volvió a Ecuador. Cuando la fuimos a ver al aeropuerto, tenía la cara paralizada. Aún seguía mal de salud, pero tuvo las fuerzas para luchar por mi padre.

Mi hermano Óscar empezó a trabajar para ayudar a Danny a pagar la universidad de Rusia, pero no le alcanzó; mientras, mi madre y yo seguíamos luchando por mi padre. Conseguimos abogados que dijeron que lo iban a sacar, pero eso no ocurría.

Cuando llegó la última audiencia en Ambato, tuvimos el apoyo de personas de diferentes comunidades salasaca que se apostaron a las afueras de la Unidad de Garantías para pedir justicia por mi padre. Al terminar la audiencia, sin embargo, el abogado nos dijo que lo habían sentenciado a nueve años y seis meses de prisión, algo muy triste que nos llegó a todos, especialmente a mí. Mi padre llevaba 28 años como profesor, solo le faltaban dos para jubilarse.

Hoy, vendo frutas con mi madre en la calle. Debemos al banco una gran cantidad de plata, y con lo que ganamos apenas nos da para el pan de cada día. Aun así, sigo adelante porque me duele mucho ver llorar a mi madre cada amanecer. Duele mucho, pero sigo adelante, luchando con mi mamá por la libertad de mi padre.



ÁNGEL EFRAÍN MARÍN nació en Guayaquil, Guayas, en 1974. Actualmente es comerciante. Su hija María Luisa Marín estudia en la Unidad Educativa Franciscano Salitre.

El día que Dios me devolvió mis hijas

El primer día del año 2017, aproximadamente a las dos de la tarde, estábamos con mi familia en la casa de mi papá, y con mi esposa decidimos ir a bañarnos al río, sin saber el peligro al que nos íbamos a exponer. Como de costumbre, a mis hijas, que no sabían nadar, las dejamos en la orilla, pues allí —pensábamos— no corrían peligro. Nosotros nos fuimos a la parte del centro del río.



Momentos después escuchamos a nuestra hija Ariana gritando que se ahogaba, pero no le hicimos caso, porque solía bromear y dramatizar. Sin embargo, cuando escuchamos que la menor también lo decía, inmediatamente giramos a observar y nos asustamos.

Ocurrió que, semanas atrás, las máquinas del municipio, al sacar arena de aquel lugar, habían dejado un hueco muy profundo. En él habían caído mis hijas. Enseguida nadé muy rápidamente, y no sé cómo lo hice, pero logré sacarlas.

De repente sentí como que estaba parado en una montaña de arena. Sin embargo, una vez que subí a mis niñas a una canoa que me pasaron, decidí sumergirme de nuevo y me llevé una sorpresa: nunca encontré la "montaña" con la que, según yo, me había impulsado para sacar a las niñas. Entonces me di cuenta de que fue Dios quien en ese momento me ayudó y me sostuvo.



ROSA ADELAIDA AGUAIZA
trabaja en la Unidad Educativa Juan Bautista Vásquez.

¡Qué infancia!

Recorrer el largo camino de regreso a la infancia deja una sonrisa en la mejilla y una interminable cinta a manera de film que pasa ante nuestros ojos. En aquella etapa convivimos con la típica familia ecuatoriana: alrededor del centro gira una extensa descendencia.

Este viaje al pasado me lleva a evocar la disciplina rigurosa de nuestro padre, siempre apoyado en el carácter fuerte de nuestra mamá. Dentro de este regimiento al estilo cuartel, casi estaban reñidas las travesuras, las mentiras y la formación escolar.

En primera instancia debo contar que somos seis hermanos, cuatro de los cuales son varones. Con este antecedente ya es posible enmarcar el cúmulo de cosas singulares que sucedían cada día.

Mi hermano mayor, Ricardo, con su afición —diría *adicción*— a la lectura, se convirtió en una enciclopedia andante de astronomía, ciencia ficción, deportes, literatura, religión, ciencias ocultas… A decir de nuestro primo mayor por el lado materno: "Aunque Ricardo tuviera que inventarse cien mentiras para obtener dinero y así conseguir una revista alquilada en el Parque Central, nadie le ganaría en lectura".

Esta manera de ser de mi hermano Ricky —como lo llamo cariñosamente— es una suerte de brújula que nos ha orientado a tiempo en nuestra etapa de formación durante la adolescencia. A su alrededor giraban todas las travesuras, los inventos y las mentiras para lograr nuestros objetivos.

Durante la sustanciosa comida casera con sabor a tradición y a pobreza, nunca faltaban los insospechados momentos para la risotada. Si alguien debía ejercer el debido respeto en la mesa, ese era nuestro padre, pero cómo mantener el silencio de tumba si alguien se caía de la silla o se equivocaba en el padrenuestro o se santiguaba mientras se rezaba la Santa María; y, para cada error, no faltaba la cuchara de palo sobre la cabeza. Esas correcciones en su momento dolían, pero al día siguiente se recordaban con mucho jolgorio.

Dicen que los hermanos son como los ríos: unos grandes, otros de poco valor, otros de escaso caudal. Esa realidad se cumple en la familia que se forma cada día, cada año. No falta en el hogar el hermano chistoso, el alocado, el aventurero… Esas condiciones reúne nuestro hermano Carlos. Él pasó la infancia compartido entre vecinos, nuestro abuelo y quienes crecíamos como familia.



Este chico flaco, alto, el más alto de los hermanos, hacía las cosas más peligrosas según nuestra limitada apreciación de la vida; por ejemplo, cierto día antes de sus doce años, se embarcó rumbo a la Costa a conocer las fincas de los primos de nuestro papá. La ausencia de un mes representó para nosotros un vacío que nadie podía llenar. Su regreso fue motivo de lágrimas y abrazos porque nos había faltado al travieso de la casa. Volvió con provisiones y una golosina especial que pudimos probar: un rico pescado de agua dulce.

Cada vacación, él se embarcaba en nuevas aventuras, como irse de catequista a una montaña algo misteriosa en la que se hablaba de una laguna encantada. Para nuestra preocupación, nuestro hermano desapareció desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche. Los llantos de los menores y la reprimenda de nuestra abuela nunca se podrán olvidar, pero el chico regresó,

ante el asombro de todos, a contarnos que tomó otro rumbo en pos de una nueva aventura, gracias a la compañía de un amigo de su edad que hábilmente había conseguido un caballo.

Cada hermano asoma como uno de los dedos de la mano. Cumplen un rol específico, sin causar daño al otro. Luis representa una suerte de fenómeno particular. Él es consejero sentimental, *disc jockey*, caballero para las ocasiones galantes, etc. Su vida la disfrutamos a cabalidad entre reprimendas y risotadas hasta que se embarcó rumbo al País de las Oportunidades; su viaje fue una odisea de noventa días. La familia soportó con estoicismo ese largo período sin saber si estaba vivo todavía, solo con la fe en Dios. Pero "luego de la tormenta viene la calma", dice la sabiduría popular; esa realidad ya pasó hace dieciocho años y hoy conversamos con él para llenarnos de alegría y recordar el pasado como una purga para ser diferentes y únicos.

El más pequeño de la casa nos llegó cuando yo tenía quince años. El Juampi es el nombre con el que lo conocen en el barrio sus grandes amigos: el Walter, el Papi, el Huguito… A estos niños se los veía reunidos para irse a La Salle y por las tardes encontrarse con el trompo, el aro, las canicas y los coches de madera, sin que faltaran los típicos "accidentes caseros".

Alrededor de su ingenuidad por ser el último de la casa llovían las anécdotas, los chistes y las tomaduras de pelo, pues no faltaba quien le ponía ají picante sobre el seco de pollo o le quitaba la silla al menor descuido. Todas esas ocurrencias para verlo rojo de las iras. Nuestro benjamín ya no conoció el pozo de agua o la búsqueda de leña para la cocina; él vivió la etapa de Plaza Sésamo para cubrir la soledad, porque ya todos estábamos estudiando.

El último espacio me lo reservo para traer parte de la infancia de mi hermana Bechi, la amiga que más me conoce luego de mi madre. Aunque tuve que esperar seis largos años para su presencia,

ella nunca quiso crecer a la sombra y huella de su hermana mayor. Adquirió personalidad a su manera, libre de influencias ajenas.

Era la típica mujercita que frecuentaba a sus amigas y perdía la noción del tiempo. Era la comedida para participar en los pases del Niño o las misas en honor a la Virgen de las Nieves, vestida de pastora. Por eso, a ella nunca le faltaban los caramelos o una buena taza de chocolate. En el colegio no brillaba en ninguna materia. Papá veía para ella un futuro color de hormiga, pero no: la vida trae siempre oportunidades de preparación. Hoy se ve en esta mujer luchadora la potencia para superar sus propios retos.

Esta historia mínima en torno a una familia de ocho integrantes bien podía ser una más de la típica familia ecuatoriana de cinco décadas atrás, en la que una brújula marcaba el norte hacia donde avanzar sin perder el tiempo. Aunque el estudio no haya sido el centro de la formación, junto a las travesuras y las mentiras, sin embargo, este octógono finalmente tiene sus aristas iguales y formó la unidad en la diversidad de caracteres e intereses personales y profesionales. La suerte de nuestros padres es la de compartir el calor de sus hijos y nietos y la de disfrutar de nuevas anécdotas que alguien ya olvidó. Las largas tertulias significan una buena ocasión para traer el presente a la luz de una buena comida o la celebración de algún evento familiar.




MARIELA PILAR YÉPEZ
nació en Cañar, Cañar, en 1974. Trabaja en la Unidad Educativa Fiscomisional San José de Calasanz. Su actividad favorita es leer.

Nacida del corazón

Al sur del Ecuador, a un pueblito pequeño, de esos donde cada persona sabe de la vida de la otra, llegó Inés, una jovencita recién graduada para ejercer la docencia. Era delgada, de pelo castaño y rizado y una mirada muy expresiva. Al inicio no se resignó a la idea de trabajar en aquel sitio, pues era oriunda de una "gran ciudad", o al menos eso decía. Pero con el pasar de los meses empezó a mirar su trabajo y a sus alumnos con otros ojos, empezó a sentir su cariño y respeto, se enamoró de su profesión y sintió profunda convicción por su vocación.



Con los años conoció el amor y se casó con Daniel, un joven bien parecido pero sobre todo de muy buen corazón. Él compartía y admiraba su vocación, aunque lo suyo no era la docencia. El sueño de los dos era formar una familia, pero la espera de los hijos se hizo vana: tras diez años de intentar e intentar, los médicos también se dieron por vencidos; ella definitivamente nunca podría concebir.

Daniel, más que pensar en él, pensó en Inés y en cómo se estaba sintiendo, pues le habían descubierto una enfermedad genética que con los años le iba a traer complicaciones. Sin embargo, su sorpresa fue grande cuando la escuchó decir:

—Daniel, no te angusties. Esto es un regalo de Dios, que algo más me tiene preparado. Él me dará la fortaleza.

Y así fue: poco tiempo después tomaron una gran decisión: ¡tendrían una hija! ¡Sí, una hija del corazón!

Así, Inés y Daniel iniciaron el camino de la adopción, un camino largo y nada fácil. Una vez terminado, hubo un largo silencio de las instituciones gubernamentales, hasta que una mañana una llamada les alegró el día con estas palabras mágicas:

—Van a ser padres. Sofía, una niña de tres años, les ha sido asignada. —Empezó así un nuevo proceso.

Luego de dos semanas, Inés y Daniel se trasladaron a la ciudad donde se encontraba Sofía. Los recibió la trabajadora social, que les mostró la foto de su hija. Inés se fue en llanto, pues era idéntica a la niña con la que había soñado días atrás. La trabajadora social, sin embargo, les advirtió que el "emparentamiento" no iba a ser fácil, pues se trataba de una adopción difícil. La sangre se les heló a los dos, pero decidieron continuar, porque ya amaban a la niña.

Más tarde llegó el gran momento, la hora de conocerla. El corazón encogido, las manos heladas y una mezcla de sensaciones y sentimientos inefables inundaron a Inés y Daniel. De pronto una voz se acercaba. Era ella, era Sofía. Entró a la sala de la casa hogar con su mochila cargada, su melena y unos ojos grandes negros que miraban inquietos y temerosos. La trabajadora social la presentó a su madre y a su padre. Inés, casi por instinto, corrió, la amarcó, la abrazó, la besó, la apretó muy fuerte. Daniel las abrazó a las dos y le mostró a Sofía los juguetes que le habían comprado. Ella, tímida aún.

El emparentamiento fue una conquista diaria. Inés y Daniel sabían que si para ellos era difícil, lo era aún más para Sofía, pues iba a cambiar de ciudad, de amistades, de hogar; su mundo se había puesto de cabeza. En los días que duró esta etapa, Sofía avanzaba y retrocedía constantemente. Aún no los llamaba "papá" ni "mamá", pero Daniel e Inés ponían diariamente esta situación en manos de Dios, y eso les daba fuerza.

De madrugada Sofía se levantaba llorando, extrañando el que había sido su hogar por tres años. Inés la amarcaba, le cantaba, le contaba cuentos y solo así Sofía se dormía finalmente.

Un día, el más esperado para Inés, escuchó a Sofía decir:

—Mamá, te amo.

En ese instante su corazón saltó de emoción. La abrazó, la besó y confirmó una vez más que esa niña era un milagro en su vida y en la de Daniel.

Con los años, lo sigue siendo. Los tres son una familia feliz, pues han aprendido a disfrutar de los pequeños detalles y, aunque siempre habrá dificultades, el amor y la fe los hacen fuertes.




MAYTE GRIJALVA
nació en Pacto, Pichincha, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cascales. Su actividad favorita es la lectura.

Aquella persona que cambió mi vida

Todo comenzó el día de mi nacimiento, la noche del 15 de junio del 2001. Los gritos de mi madre se escuchaban por toda la habitación. Sentía que le faltaba el aire por su enfermedad, pero quería dar todo para que su pequeña naciera sana y salva. Sus fuerzas disminuían a cada minuto, a cada segundo. Mi padre, con un dolor inmenso en el corazón, le daba ánimos; sentía que se le iba la mujer que amaba. En



el fondo gritaba: “¡No te vayas! ¡No, no me dejes! Solo tú puedes, hazlo por nuestra hija”. Pero mi madre dio su último esfuerzo y yo nací. Mi padre me abrazó entre lágrimas mientras ella le decía:

—Cuídala, ámala, como aquel día que me juraste amor eterno. Por favor, cuídala.

Fueron sus últimas palabras, mi madre se nos había ido para siempre. La máquina a la que estaba conectada dejó de sonar. Los doctores no hicieron nada, simplemente nos contaron que murió debido a la presión cardíaca. La mirada de mi padre se llenó de angustia y odio, y comenzó a gritar:

—No, Anshela, ¡no! Tú no te me puedes morir justo ahora, ¡no! Tenemos que cuidar a nuestra pequeña, la tenemos que cuidar juntos. Tú me prometiste que siempre estaríamos juntos. No, por favor, no te me vayas. ¡No!

Crecí con un padre que me amaba, que daba la vida por mí. Cada mañana me hacía el desayuno, y a pesar de que no podía peinarme, lo intentaba: me hacía unos cachitos, uno arriba y otro abajo. Luego, me llevaba de la mano hasta la puerta de mi escuela. Yo veía a mis demás compañeritos con sus madres, y aunque sabía lo que le había sucedido a la mía, era feliz porque la tenía siempre en mi mente, en mi corazón. Todas las noches soñaba que estaba conmigo, acariciándome.

Una tarde, mi padre no me fue a ver a la escuela. Yo, tan pequeñita, me fui sola a casa y lo encontré con una señora desconocida, riendo en la vereda. En ese momento no sentí nada, pensé que solo era una amiga. Lo que me sorprendió algún tiempo después fue que él ya no era el mismo: de repente me echaba la culpa de la muerte de mi madre.

Así empezó a odiarme. Yo, con tan solo seis añitos, me encerraba en mi cuarto con una fotografía de mi madre y lloraba tardes y noches enteras. A mi padre no le importaba llegar tarde de su trabajo y encerrarse en su oficina; con tal de ver mi mochila en la sala, ya sabía de mi existencia.

Un día que llegué de la escuela, me pidió que me sentara. A su lado se encontraba aquella señora, a la que inmediatamente presentó como su esposa; yo corrí a abrazarla. Con el pasar del tiempo se ganó mi confianza y en pocos meses la llamé “mamá”, pero mi padre me seguía tratando mal, y ella terminó haciéndolo también.

El día que cumplí 15 años, decidí visitar la tumba de mi madre. Recordando todos mis sufrimientos, me llené de nostalgia y entre llantos le grité:

—¿Por qué me diste la vida? ¿Por qué no estás conmigo? ¡Llévame de aquí! No tengo a nadie en mi vida, ¡a nadie! Aquel

esposo tuyo me culpa de tu muerte y me llegó a odiar. Me puso una madrastra a la que al principio llamé "madre" porque necesitaba a alguien, pero ¿sabes, mamá?, aquella señora desconocida que ocupó tu lugar me compara con la peor cosa del mundo. Para ella soy un animal. Cuando llego del colegio nadie está ahí preguntándome: "¿Cómo te fue? ¿Qué hiciste hoy?". ¡No, mamá! ¡No, no hay nadie! En el colegio antes era una buena estudiante, me felicitaban; pero ahora intento dar lo que más puedo y mis problemas no me dejan salir adelante, porque me hace falta algo y ese algo eres tú. Cuando pasé a ser mujer, ¿sabes quién estuvo ahí? Nadie, absolutamente nadie. ¿Sabes a quién pedí ayuda? ¿Quieres saber, mamá? A mi vecina, la única amiga que tengo. Ella me explicó todo y hasta el día de hoy es mi consejera.

De repente, alguien me topó el hombro y me dijo:

—No regreses a ver quién soy, solo escucha. Te estuve observando desde que llegaste. Oí tus gritos, tus lamentos, hasta me has hecho llorar; pero escucha: el amor es el sentimiento más bello que nos ha regalado Dios para vivir solos o junto a la familia, concentrados en la felicidad, no en el odio. Ama a Dios y Él te recompensará.

En ese momento regresé a ver: era un chico. No me importó que no lo conociera; lo abracé y lloré efusivamente, y él me consoló. Conversamos entre sollozos, me brindó su confianza y le conté parte de mi vida. Luego me dio su número de celular. Junto a él pasé toda la tarde, hasta que me fue a dejar a mi casa. Cuando llegué, me encerré en mi cuarto, pero ya no a llorar; había llorado toda la tarde como para volver a hacerlo. Al poco tiempo me llegó un mensaje de Álex, que así se llama.

Empezamos a escribirnos seguido, y con el paso del tiempo yo ya no me sentía sola, ¡tenía a alguien! Cuando me sentía mal acudía a él, hasta que un día me preguntó si quería ser su novia. Un silencio cruzó por mi mente, pero al final terminé aceptando.

Ese mismo día tomé la decisión de irme de mi casa, donde no era feliz. Hice mis maletas y esperé a que llegara mi padre. Si me hubiera ido sin decir nada, habría sido una falta de respeto, así que me enfrenté a él:

—Papá, sé feliz. La verdad, espero que un día puedas perdonarme por quitarte a la mujer que amabas. Solo te pido un favor, un único favor y nunca más sabrás de mí: no me busques, sé feliz; yo me voy.

Salí corriendo. Me dolía dejar a una persona que me había amado alguna vez. Con valor, me fui de Pacto, el barrio donde crecí, donde pasé mi infancia; pero tenía por quién luchar, ese alguien que llegó cuando miles de personas me habían despedazado los sentimientos. Por el amor de Álex Paúl Durán Coral es que vivo, y por él he de morir.

EDISON VLADIMIR CHURO nació en Cayambe, Pichincha, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa José Joaquín Olmedo. Su actividad favorita es ser DJ.

El último adiós

—Hijo, termina de desayunar, vas a llegar tarde a clases —dijo mi madre, y me sacó de mis profundos pensamientos.

Salí del comedor a cepillarme los dientes y a arreglarme para salir a tomar el autobús. Pasaron cinco minutos y no venía, ya solo tenía cuatro para llegar al colegio, así que regresé a casa a buscar mi bicicleta. Me puse el casco, los guantes y salí a todo lo que daba.

Mientras bajaba por la carretera alcancé a ver a algunas personas en medio de la calle parando el tráfico, ya que los

policías aún no llegaban. Disminuí la velocidad para poder pasar tranquilamente, pero no le di mucha importancia a lo sucedido: solo vi que una moto había chocado con un autobús. Pasé sin regresar a ver, monté mi bicicleta y seguí mi camino.

—Todos entren a clases —dijo el director por medio del altavoz mientras dejaba la bici en el parqueadero.

La estaba asegurando con un candado cuando me di cuenta de que me había olvidado el proyecto de Historia en la casa. Por suerte mi mamá tenía el día libre, así que le envié un mensaje: "Madre, por favor, ¿puedes venir a dejarme el proyecto de Historia? Lo necesito para la cuarta hora. Gracias". Corrí por el pasillo pero al llegar al aula estaba cerrada. Ya habían pasado diez minutos; tenía que esperar hasta la siguiente hora.

Sonó el timbre y el licenciado me dejó pasar.

—Tiene que justificar el atraso —me dijo apenas entré, y antes de que yo llegara a mi asiento, continuó—: Por llegar tarde, ¿podría decirme que vimos la clase anterior? —Fue fácil, ya que había revisado los temas las últimas dos semanas.

Las horas pasaron lentamente. Yo estaba preocupado porque mi mamá aún no llegaba con mi proyecto, y faltaban diez minutos para el cambio de hora. El licenciado ya estaba parado en la puerta esperando a que terminara.

—Señores estudiantes, anoten el deber, por favor.

Todos nos quejamos. Ya teníamos suficientes deberes para el día siguiente.

Sonó el timbre para el cambio de hora. Después de que saludamos, el licenciado entró al salón y, antes de dirigirse al escritorio, nos dijo:

—Señores estudiantes, por favor dejen los proyectos sobre la mesa y salgan un momento. Por cierto, deben estar con sus respectivos nombres.



Comenzamos a salir. Por suerte no era el único que no tenía el proyecto: había dos compañeros más que no lo habían realizado y teníamos oportunidad de presentarlo al siguiente día. Estaba claro que no por la misma nota, pero ya era algo.

Mientras esperábamos a que nos avisara para entrar al salón, intenté llamar a mi madre pero no respondía y no respondía. Finalmente, alguien contestó, pero no era ella.

—Tu madre sufrió un accidente y está gravemente herida. Tiene pocas probabilidades de sobrevivir.

Después de cortar la llamada me quedé tieso, sin saber qué decir o hacer. Salían lágrimas de mis ojos porque comencé a creer que era mi culpa que aquello hubiera pasado. Me culpé una y otra vez hasta que el profe pidió por favor que entráramos al salón.

—Licen, ¿puede darme permiso? Voy donde el rector. Por favor —dije.

Todos me veían y me preguntaban qué había pasado, pero decidí no responder.

—Puede retirarse. Por favor traiga la justificación —dijo antes de cerrar la puerta.

Fui corriendo donde el rector, golpeé la puerta y entré. Le expliqué lo que le había sucedido a mi madre y cedió. Las palabras que había escuchado en el teléfono no me dejaban pensar libremente, se repetían una y otra vez; de tan solo pensar que mi madre ya no iba a estar conmigo me sentía muy mal.

Por suerte la puerta principal estaba abierta; salí sin mirar atrás. Tomé un taxi y le di la dirección del hospital.

—¿Podría darse prisa, por favor? —Y aceleró a fondo.

Se estacionó frente al hospital.

—¿Cuánto le debo? —pregunté.

Pagué y crucé la calle corriendo. Entré al hospital, di en Recepción los datos de mi madre y esperé unos minutos.

—Su madre se encuentra en Emergencias, en el segundo piso.

Subí lo más rápido que pude, pero los doctores no me dejaban pasar a verla. Esperé algunos minutos cuando noté que venía alguien más: mi padre.

—Ya hace más de una hora que estamos esperando —dijo entre llantos.

Yo también lloraba, dolía mucho saber que mi madre ya no estaría con nosotros.

—Todo estará bien —me dijo con un abrazo.

Justo entonces se abrió la puerta de Emergencias.

—Señores, les tengo una mala noticia —dijo el doctor.

Dirigí mi vista a donde se encontraba mi padre pero no me dejó escuchar más. De repente vi cómo derramaba lágrimas. "Su esposa ha fallecido": esas fueron las palabras más desagradables que he escuchado. No me pude contener y comencé a llorar, sentía cómo en mi alma se abría un vacío que el tiempo no podría llenar. Las lágrimas salían como ríos que en invierno aumentan su caudal.

Quise salir corriendo a donde se encontraba mi madre pero un asistente me detuvo. Yo gritaba, lloraba, no sabía qué hacer, cuando de pronto sentí que me faltaba oxígeno en los pulmones. Mi visión se hizo borrosa, no distinguía en dónde me encontraba. Perdí un poco el conocimiento. Lo último que vi fue una camilla dirigiéndose a mí y luego sentí un golpe muy fuerte en la cabeza.

No sabía dónde me encontraba ni cuánto tiempo había pasado desde que me había desmayado. Miré a mi alrededor y vi a mi padre durmiendo al lado mío. Volví a recostarme y todo estaba en silencio, un silencio agradable que fue interrumpido por una enfermera. Mi padre se despertó asustado, preguntando qué había pasado.

—Tenemos todo listo para el traslado de su esposa —dijo la señorita.

Fijé mi vista en un reloj que había en la pared. Habían pasado quince horas desde que me había desmayado. Tenía un tremendo dolor en la cabeza y no recordaba nada después de recibir aquella tristísima noticia.

—Hijo, ¿quieres venir al traslado de tu madre? —me preguntó mi papá.

—No, necesito descansar un poco más —le dije, y salió de la habitación.

Después de algunas horas, seguía pensando que era mi culpa. ¿Por qué tenía que olvidarme el proyecto justo ese día? De nuevo las lágrimas comenzaron a recorrer mi rostro. Luego de darle vueltas al asunto, me quedé nuevamente dormido.

Entonces comencé a soñar con mi madre. La veía a lo lejos. Yo corría para abrazarla pero no la alcanzaba. Cada vez que llegaba al punto donde se encontraba, desaparecía y aparecía en otro diferente. Trataba inútilmente de seguirla, así que después de tantas vueltas me di por vencido. Regresé a ver a todos lados y ella ya no estaba.

De pronto escuché una voz. No sabía de donde venía, no había nadie aparte de mí.

—Hijo mío, hijo de mi corazón, hoy es el día en que me despido de ti. Pasamos en familia buenos momentos que no olvidaré. Te cuidaré desde mi nuevo hogar. No olvides lo mucho que te quiero, y recuerda que siempre estaré para ti en todo momento. Cuídate, hijo mío.

Desperté de aquel sueño tan extraño necesitando un abrazo de mi madre, pero era imposible: ella ya no volvería nunca más. Pasé varios minutos metido en un mar de pensamientos que solo hacían que sintiera como si mi cabeza fuese a explotar. Finalmente, alguien golpeó la puerta. Era mi padre, que me traía ropa para que me pudiera cambiar y salir del hospital. Ya me sentía mejor, pero no dejaba de pensar en lo sucedido.

No fui al entierro de mi madre, y en su momento me sentí como el peor hijo del mundo por no haberme despedido de ella. Ahora no puedo hacer nada más que ir a verla en su tumba. Que en paz descanses, madre mía, nunca te olvidaré.



JUAN FRANCISCO PILALUMBO
vive en Angamarca, Cotopaxi. Está vinculado con la Escuela de Educación Básica Elvira Campi de Yoder.

Jugar con los obstáculos

Cuando yo tenía doce años de edad, mi mamá murió en un terrible accidente. Además, como mi papá se dedicaba a la bebida, tuve que convertirme en padre y madre del hogar y cuidar a mis hermanitos, uno de ellos de apenas cuatro meses de edad.

También debía velar por el rebaño de ovejas, el ganado y los chivos de la familia para poder sobrevivir, porque nuestro padre a



veces se perdía por una semana y, cuando aparecía a ver qué nos había pasado, nos insultaba y nos pegaba. Yo me lo aguantaba, pero a remiendos y a pedazos.

Le daba la teta a mi hermano pequeño, y como iniciativa propia preparaba unas comidas que creía que eran ricas. A las siete de la mañana salía a cuidar a los animales y regresaba al mediodía para cocinarles a mis hermanos.

Un día, cuando fui a ver a los animales, me di cuenta de que faltaban los chivos, más de cincuenta. Preocupado, le avisé a mi papá.

—Ha de ser una de tus mentiras —me dijo, borracho, pero a la mañana siguiente, cuando se le pasó la chuma, fuimos a ver lo que había sucedido, con la compañía de unos perros bravos.

Bajamos por unas pendientes bárbaras del páramo hasta llegar a unas cuevas inmensas. Allí nos sorprendimos al ver a un león

que dormía profundamente. Amontonados a un lado, estaban los chivos muertos. Sus partes estaban esparcidas por el suelo, pero la bestia no se las había comido todavía.

Alcanzamos a tomar dos chivos y volver a la casa a secar los cueros, pero con tanta mala suerte que los pusimos en las tejas de la casa y nuestros perros se subieron y se los llevaron. Los cueros nunca más aparecieron, dónde los irían a dejar.

A los pocos días, mi papá vendió todo el ganado que le sobraba y se dedicó aún más a la bebida. Sería de la pena o de que se sentía mal sin mi mamá, no lo sé.

Mis hermanos y yo crecimos y tomamos diferentes rumbos.




MIRIAN ESTHER PACHECO
trabaja en la Unidad Educativa Fausto Misael Olalla Gaybor.

El caso de mi tía Jesús

Mi tía abuela Jesús era una dama muy particular. Nacida aproximadamente en el año 1915, en la zona de Febres Cordero, vivía con mi abuelita Esperanza, de carácter muy enojón. Por ser la hermana mayor, le correspondía el derecho de guiar a Jesús en las obligaciones de una mujer, y ese era el problema, ya que mi tía era una mujer bastante alegre, fiestera, amiguera, y no le gustaba



estar haciendo las labores de la casa. Tampoco le gustaba estar en ella, así que siempre se inventaba un trabajo para irse a vagar. Así, entre discusiones y peleas, se mantenían juntas.

Al llegar a la juventud, mi tía se enamoraba fácilmente de los muchachos de la localidad, pero nadie la tomaba en serio, por cuanto ella no paraba en un solo sitio, como decía mi abuela.

Cierto día tomó un barco que la llevaría hasta Guayaquil. Para tal aventura había trabajado mucho en la casa de hacienda de los Jácome, limpiando, lavando y hasta cocinando (fue allí donde descubrió que sabía cocinar muy rico).

Reunido el dinero necesario para el pasaje y para comprarse telas para dos vestidos, incluida la combinación[1] —no compraría zapatos nuevos puesto que no le gustaban; la mayoría del tiempo

1 Indumentaria que se llevaba debajo del vestido.

andaba descalza—, se embarcó en aquel barco sin avisar a nadie de su partida.

Al subir a la embarcación, de inmediato empezó a buscar entre los pasajeros a algún muchacho guapo con quien pasar amenamente los días que duraba el periplo, pero ninguno la atraía, ya que eran simples campesinos. Mi tía Jesús tenía aires de dama de sociedad. Bueno, era su fantasía. Trataba de hablar fino y caminar cadenciosamente, claro que sin zapatos, para atrapar algún buen caballero que la tratara como correspondía. Eso era lo que ella decía.

El barco zarpó, y luego de algunas horas, casi al anochecer, descubrió a un hombre acostado en una hamaca con un periódico en sus manos. Esto le llamó mucho la atención, ya que en aquellos tiempos era válido creer que quien andaba con un periódico en sus manos era un intelectual.

Aquel hombre estaba muy distraído y mi tía quería que la viese, porque estaba segura de que se fijaría en ella. A tal efecto se levantó de su lugar y sin más ni más hizo como que se caía y se agarraba de la hamaca. El hombre se puso de pie para ayudarla y no se necesitó más: mi tía entabló amistad de inmediato.

Conversaron toda la noche, o debo decir *mintieron* toda la noche: ella haciéndose pasar por una gran dama que vivía en una hacienda con su hermana y su cuñado, y él, por un ayudante de abogado que viajaba al Manso por trámites legales. Al llegar a Guayaquil caminaron hasta un restaurante para servirse una colita —seguramente no tenía para brindarle nada más—, y se despidieron prometiéndose encontrarse en Babahoyo.

Al regresar a casa, mi tía era el ser más feliz de todo Febres Cordero, pero a mi abuela no le decía nada, porque sabía que se molestaría y de paso la trataría mal.

Una tarde, no aguantaba tanta alegría, así que le confesó a mi mamá y a mi tía Tomasa que en aquel viaje a Guayaquil había encontrado un enamorado "bien leído". Ellas disfrutaron de todo lo que les contó: cómo era él, lo caballeroso de su trato y que se iban a ver en Babahoyo.

Pasó algún tiempo y mi tía no había podido ir a aquella ciudad, lo cual la mantenía muy inquieta, hasta que cierto día el famoso galán pasó a caballo por su casa y ella lo alcanzó a ver. Al verla salir agitada a su encuentro, mi abuela la detuvo diciéndole:

—¿Qué le pasa, comadre Jesús? —Eran hermanas y comadres, pero más se respetaban por ser comadres—. Ese hombre es uno de los Romero. Siempre anda huyendo por robos y dicen que hasta por muerte. No sea loca.

Hasta ahí llegaron su alegría y su espera. Pero la pena tampoco le duró mucho, ya que luego decidió vender canelazo en las fiestas de los pueblos cercanos con su comadre Irma, que al decir de mi abuela era otra brincona igual a mi tía Jesús.

Y así continuaría con sus ilusiones hasta encontrar a aquel caballero que decidiera o, mejor dicho, se arriesgara a vivir con ella, ya que tenía un genio…

GEOVANNY ANTONIO GALLEGOS
trabaja en la Unidad Educativa República del Ecuador.

Jugar con los obstáculos

No creo que sea impresionante o fantástica, simplemente es la historia de mi vida. Me llamo Geovanny, y nací en un hogar muy humilde. Mi padre era sastre y mi mamá, costurera. No teníamos casa propia, arrendábamos en diferentes barrios de la ciudad de Azogues. Recuerdo que a mi papá le gustaba mucho beber alcohol con sus amigos y llegaba a casa a ocasionarle malos ratos a mi mami; a pesar de ello, siempre fue el proveedor de la casa, y cuando estaba sobrio era cariñoso.



Un evento marcó mi vida para siempre: fue en las elecciones de 1979, cuando fue candidato a presidente el abogado Jaime Roldós Aguilera, y precisamente por coger unas propagandas que lanzaban en la calle Bolívar, me atropelló un carro. Lo único que recuerdo fue que me quedé estático, parado en mitad de la calle, y luego desperté en brazos de mi madre. Entonces me condujeron al Hospital Homero Castanier, donde me atendieron, me recetaron unas aspirinas y me dieron el alta.

En la casa, mi mami me dio de comer y enseguida vomité, con lo cual se asustó y me llevó nuevamente a la casa de salud. Allí le dijeron que me llevara de inmediato al Hospital Vicente Corral Moscoso, de Cuenca. Tenía un sueño irresistible, pero a mi mamá le habían recomendado que por ningún motivo me dejara dormir, porque existía el peligro de que entrara en estado de coma.

En el hospital en mención, luego de unas radiografías, concluyeron que se trataba de una fractura de cráneo y por lo tanto debía estar internado por quince días; posteriormente tuve reposo por otros quince.

En ese lapso de tiempo falleció mi padre, Leoncio, con un derrame cerebral. Rogué a Dios que no fuera verdad, que hubiera ocurrido alguna confusión, pero no fue así: mis cinco hermanos y yo quedamos huérfanos. El mayor, Édgar, tenía quince años y yo, apenas siete.

Estudiaba en la Escuela Purísimo Corazón de María (La Salle) de Azogues. Cursaba segundo grado e intenté igualarme, pero a pesar de tener el certificado médico me hicieron perder el año. Mi hermano Cléber, menor con un año, estudiaba en la misma escuela y terminamos siendo compañeros desde segundo grado hasta tercer año de colegio.

En dicho establecimiento fuimos becados, pues no contábamos con los recursos económicos necesarios. Muchas veces observábamos cómo nuestros compañeros compraban los manjares del bar, mientras nosotros, con los estómagos vacíos, esperábamos a llegar a nuestro hogar para devorar cuanto nos servía nuestra querida madre, Elina, quien tenía que sacrificarse mucho debido a la ausencia de nuestro padre.

Para mantenernos tuvo que lavar ropa ajena, comerciar con hortalizas, vender hornado e incluso ser empleada doméstica. Jamás volvió a contraer matrimonio a pesar de las propuestas que le hacían; se dedicó por entero a nosotros. Es para mí un ángel que Dios puso para que nos protegiera, y el mejor de los ejemplos de lo que es una verdadera madre. Me siento muy orgulloso de ser su hijo.

Pasamos muchas penurias y necesidades; sin embargo, era un estudiante dedicado dentro y fuera del aula. De hecho, jamás me quedé a ningún supletorio en el colegio. Posteriormente decidí

estudiar en el Normal Luis Cordero, en el que obtuve el título de Profesor de Educación Primaria. Mediante una beca conseguida por mi progenitora en la Curia de Azogues a través de padrinos desde Alemania, me solventé los estudios en la Universidad Católica de Cuenca (extensión Azogues) para cursar Licenciatura en Ciencias de la Educación, en la especialidad de Matemáticas y Física.

No obstante, como no tenía las bases necesarias, y a pesar de la ayuda de Mónica, una compañera, en segundo y en tercer año me quedé a supletorios en Matemáticas y Física. Para mi gran satisfacción, en cuarto año ya no me quedé en ninguna asignatura.

Cuando aún estudiaba, se presentó la oportunidad de trabajar como profesor en el Colegio Particular La Providencia, para impartir la asignatura de Física. Me entrevisté con sor Genoveva, quien me preguntó en qué universidad estudiaba. Cuando le contesté, me sorprendió su respuesta:

—No, no, de esa universidad no quiero saber nada —y continuó—: Con todo, ven para que mañana te tome una prueba.

Al siguiente día asistí a la hora acordada y para mi sorpresa me repartió las horas y los cursos (Física y Laboratorio de Física) con que trabajaría ese año lectivo. Creo que me dio la oportunidad porque no tenía otra opción, ya que los estudiantes habían pasado un mes sin clases en las mencionadas asignaturas.

Trabajé en total dos años lectivos en La Providencia, y en el último que estuve, sor Genoveva quiso que fuera profesor a tiempo completo, pero decidí concursar para ingresar al magisterio fiscal. Fue así que conseguí el puesto de profesor de Matemáticas en un colegio de reciente creación llamado Shungumarca (‘corazón de la región’) en General Morales. A los ocho meses se presentó otro concurso para el Colegio República del Ecuador, de Zhindilig, que también gané. Desde hace alrededor de dieciocho años trabajo allí.

Mi sueño era ser profesor fiscal después de graduarme y por las tardes dar clases particulares en las áreas antes mencionadas, y es lo que actualmente hago. Ya licenciado, las oportunidades continuaron y con dos años más y un seminario conseguí el título de doctor en Ciencias de la Educación en la misma universidad. Luego me casé con el amor de mi vida, Janneth, obtuve un diplomado y, gracias al Ministerio de Educación del Ecuador, una maestría, por mis méritos.

Me siento realizado y he aprendido que la vida es una sola y debemos aprovecharla al máximo. A veces hay que sortear los obstáculos y, otras, impulsarse en ellos para seguir adelante.




FRANKLIN KLÉBER GAONA
nació en Vilcabamba, Loja, en 1974. Trabaja en el Colegio de Bachillerato Vilcabamba. Su actividad favorita es leer.

El momento de valorar la vida

El poder de la reflexión está siempre en nuestras acciones. El futuro se va forjando desde que uno es pequeño y poco a poco siente la necesidad de crecer; ahí está el reto de la vida. Ya de niño tuve el deseo ferviente de integrarme a la sociedad; algunas situaciones no me lo permitieron, pero ¡qué agradable era compartir con los demás! Sin embargo, los designios de este mundo no son iguales para todos. Hoy pensaré en el mañana, aunque estén en mi mente el presente y el pasado.

“Quiero soñar a lo grande”, se dijo Kléber, “el futuro está en nuestras manos. La sencillez, la modestia y la humildad de una persona se verán reflejadas en las labores que realice a diario. ¡Quiero vivir mejor!”.

Desde que tuve uso de razón, quise disfrutar y, a la vez, conocer el rol que desempeña la familia en la humanidad. Salía a jugar con mis hermanos y amigos, pero la angustia y la desesperación eran totales. No comprendía lo que sucedía; hoy entiendo que eso se llama desigualdad social.

Ellos jugaban con un carrito de plástico, bien elaborado e importado desde las grandes jugueterías. Nosotros lo hacíamos con un trozo de listón, a lo sumo con unas cuatro tapillas clavadas, o con una bellota de guineo con cuatro palillos incrustados. ¡Qué ironía! Al fin y al cabo, así es la vida. ¿Por qué sufrir? Se debe gozar cuando se pueda; reír es disfrutar.

Renegaba entonces por la diferencia entre juguetes y pensaba: “¿Por qué mis padres no me compraron aquellos?”. Además, mis compañeros de aula comían en el receso yogur con galletas o con un sabroso pan; yo a veces no lo hacía o de repente me servía una fruta, por lo general un cítrico.

“Ya sé”, manifestó Kléber, “consultaré por qué mis padres no me dan de comer así”, pero lo fui percibiendo por mi propia cuenta: una familia de ciudad versus una de campo. Mi madre algún día me dijo:

—Es que el dinero era escaso.

“Ya veo: en la ciudad hay cosas; por lo general, la familia es menos numerosa, y en la provincia, todo lo contrario”. ¡Aquel injusto centralismo! “¿Y por qué tendré que sufrir?”. Igual podíamos compartir muchas cosas en el barrio con mis amigos, a los que nunca he olvidado. Creo que me faltó niñez, o no la pude aprovechar.



Se piensa que nunca se llegará a crecer. En la actualidad, por lo pronto, estoy bien; en la noche volveré a soñar con aquellos días de la infancia a los que poco jugo les saqué. ¡Qué carajo! ¡Soy joven! Un adolescente ingenuo, que hasta el momento no ha descubierto lo que realmente vive un hombre. Ellos bromeaban de cosas varoniles, mientras que yo, muy tímido, no lo asimilaba.

En el 2016, mi padre falleció. Ese penoso hecho me sirvió para comprender los grandes valores que me había inculcado: la honradez, la responsabilidad, la valentía y, sobre todo, la generosidad para con el prójimo. Un padre fuerte, en todo el sentido de la palabra. Actualmente agradezco sus acciones y no entiendo por qué la vida es tan fugaz.

Es el momento de valorar la vida. La salud y la alimentación juegan un papel sumamente importante; el estudio también, y sobre todo la familia, que nunca te abandonará. Uno goza siempre,

pero en algunas ocasiones no se pone a pensar que ella es única, y que al ser humano debemos valorarlo. Tomar licor no te hace bien; consumir alimentos con alto porcentaje de grasa, tampoco; y menos, estar en discrepancias y falsas deliberaciones con tu propia familia.

Alguna vez, Kléber se enfermó. Sufrió alteraciones en el sistema nervioso y llegó a una profunda depresión. Tenía un carácter insoportable, nada le parecía bien. "Me dedicaré más y más al estudio", manifestó, "pero sigo mal de salud".

Me practiqué una intervención quirúrgica, pero no se lo comuniqué a mis allegados. De todas formas, mi mamá se enteró y pronto me acompañó; una madre nunca está ausente.

La familia jamás te abandona. Ten presente lo que fuiste antes y lo que eres ahora. Valora lo que tienes, para que no te lamentes mañana. Qué hermoso es tener una descendencia, pero Kléber es un maestro que todavía tiene una lección pendiente: ya ha cruzado los cuarenta años y aún no ha logrado conformar su propio linaje; no ha formado un hogar. De repente, cuando das prioridad a otros menesteres, te descuidas de algo muy necesario. Además de ser hijo, hermano y compañero, te olvidas de ser esposo y papá.

En la existencia hay que ser equilibrados y esa sigue siendo mi deuda. Valora, cuida y aprovecha al máximo la vida, que no habrá otra. Vive siempre hoy, aunque tengas que fenecer mañana.




ANDRÉS LAGOS
nació en Quito, Pichincha, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional Pacífico Cembranos. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Un perrito diferente

Hace mucho tiempo, Leíto, un joven triste y solitario, caminaba en la tarde por los alrededores de su casa cuando a lo lejos escuchó unos sollozos lentos y extraños. Al momento se asustó, pero finalmente, aunque de manera recelosa, se acercó al lugar.

Se sorprendió mucho al ver a un pequeño e indefenso perrito, muy raro por cierto. Tiritaba de frío y hambre, y Leíto se conmovió tanto que sus ojos se llenaron de lágrimas. No dudó en cargarlo, envolverlo en su abrigo y llevarlo inmediatamente a su casa.

Su madre no era partidaria de tener mascotas, porque no disponían de tiempo ni espacio físico para su cuidado, así que, como no sabía de qué manera iba a reaccionar, decidió esconderlo en su habitación. Allí lo bañó, lo alimentó, lo abrigó y lo puso en una caja vacía de zapatos, porque era pequeño aún.

Como en su casa no había nadie durante el día, el perrito, al que puso de nombre Fido, paseaba, jugaba y saltaba. Cuando Leíto salía, lo llevaba en su mochila. Se había transformado en un animalito muy sano y feliz. Su dueño lo cuidaba muy bien: le daba medicina, alimento y cuidados especiales.

Luego de tres meses, la mascota, como es obvio, creció y hacía más travesuras. Su ladrido era fuerte y era más difícil llevarlo. Un día que su amo salió a hacer sus gestiones, Fido salió de su habitación. La madre de Leíto se asustó al verlo; no sabía qué estaba pasando, de dónde había salido. Fido se le acercaba y mordisqueaba sus pies, jaloneaba su ropa y jugueteaba sin parar. Así, consiguió conmover en algo a la señora, quien esperaba con ansias a su hijo.

Cuando Leíto llegó, fue recibido con mucha alegría por su mascota, que ya sin esconderse correteaba libremente de aquí para allá, muy contenta. El joven, sorprendido y sin palabras, se acercó a saludar a su madre, que estaba molesta. Ella le explicó nuevamente que no había espacio para la mascota y que, para poder mantenerla, se necesitaba tiempo y dedicación, pues todo ser vivo merece cariño, atención y cuidado.

Fido estaba muy atento a la conversación: agachó sus orejitas y se echó al piso como queriendo decir que él no iba a molestar, que no lo abandonaran nuevamente. Madre e hijo, al ver ese acto tan emotivo, se miraron fijamente y sonrieron. Así, Fido se convirtió en un miembro más de la familia.



Leíto y el perro jugaban y paseaban por las tardes, pero de a poco su rutina se hacía más compleja y difícil: el joven tenía cada vez menos tiempo para compartir. En ocasiones no se veían durante toda la jornada, y Leíto solo llegaba a la noche a darle de comer. Todos los días encontraba las nuevas travesuras de su perro: jaloneaba y mordía la ropa tendida, no quedaba escoba ni trapero sano, escondía los zapatos que dejaban dando vueltas por ahí… La hiperactividad era notoria.

Así, Leíto entendió que su mamá tenía razón, que una mascota necesita espacio. Decidió, entonces, que era hora de buscar un lugar más idóneo para su querido Fido: la casa de su hermano Andy. Aunque la separación iba a ser triste, sabía que no sería definitiva; al contrario, lo podría ir a visitar y, sobre todo, iba a estar bien cuidado y querido.

Así, en otro viaje en mochila, esta vez en bus, Fido llegó a la vida de Andy para juguetear y hacer travesuras con más libertad y espacio. El perrito ya no tiene un dueño, sino dos, y muchas personas que lo quieren y cuidan. Leíto va con frecuencia a visitarlo y lo consiente.



IBETH ALEJANDRA VERDEZOTO
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Rafael.

El tiempo pasa y las personas, ¿cambian...?

Pues sí. Esa sería mi respuesta, y para confirmarlo contaré una pequeña historia.

Cuando mi padre era joven, vivió siempre alejado de su familia nuclear, creció con sus abuelos. No es muy cercano a sus hermanos, y por ende yo tampoco soy muy



cercana a mis primos. Sin embargo, eso no ha hecho que me aleje completamente de ellos, porque siempre he tratado de mantener la relación, en especial con los primos de mi edad.

Cuando tenía ocho o nueve años, las reuniones familiares, o simplemente la visita de algún tío —algo muy raro, por cierto—, eran muy emocionantes para mí, porque significaba que vendría alguien con quien podría jugar. Eso era lo que hacíamos: éramos unos niños muy inocentes que correteaban de un lado para otro sin preocuparse de nada. Nos caíamos, nos reíamos, nos asustábamos, nos mojábamos, etc.

Pero el tiempo pasa y con él vienen la madurez y las ocupaciones. Pasé un largo período sin ver a mis primos. Cada uno estaba ocupado en otras cosas, así que no podíamos vernos. Poco a poco me di cuenta de que algo en mí iba cambiando, me di cuenta de quién era, o mejor dicho de quién no era: no era de esas chicas

a las que les gusta salir de fiesta y emborracharse, cuyo sueño es operarse para tener un cuerpo “perfecto” y conquistar al hombre “perfecto”. Yo prefería mil veces una salida al cine o a algún lugar para conversar de temas profundos o simplemente de tonterías. Mi sueño era ser independiente, cumplir mis metas y alcanzar la felicidad en lo que hiciera.

Entonces me di cuenta de que algunos de mis primos no compartían mi manera de ver la vida, y por eso me alejé. Sentía que no era saludable mantenerme en contacto con personas así.

Esa falta de comunicación con ellos me hizo dar cuenta de que, efectivamente, las personas cambian: yo cambié, y ellos también lo hicieron. Nos alejamos, como pasa con muchas personas. Es parte de la tortuosa tarea de crecer.




JHON ISRAEL HERRERA
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Belisario Quevedo.

El relato más triste de mi vida

Era un día muy nublado y callado, con un silencio escalofriante y abrumador al despertar. Nada tenía sentido. No sabía lo que estaba pasando: caras de lamento y tristeza en quienes me rodeaban. Yo estaba confundido, acechado por miradas de indignación y frustración. Nadie sabía qué decirme.

—¿Y ahora qué hacemos? —escuché. Era mi tía.



Me acerqué y le pregunté qué sucedía. Ella, con voz entrecortada y ojos de lamento, me dijo:

—Tu madre, hijo, tu madre.

—¿Qué sucede con ella?

Mi tía tomó aire y valor, y me dijo:

—Se desmayó y colapsó. Tu padre actuó rápidamente y sin pensarlo dos veces la cargó y la llevó al auto. Tu abuelita los acompañó hasta el hospital.

—¿Y qué sucedió? —pregunté—. ¿Dónde está? ¿Qué le pasó? —"¿Por qué? ¿Por qué a ella, si es la más fuerte y admirable de todas las personas que conozco?". Eran muchas las preguntas que me hacía en mi interior.

—Está en Quito —respondió finalmente mi tía—. En este momento no sabemos lo que le pasa, mijo. Cámbiate y vayamos inmediatamente para allá.

Mi hermana era en ese momento la más inocente criatura. Tampoco entendía lo que estaba pasando. No recuerdo bien cómo fue el trayecto, pues todo ocurrió muy rápido. Al llegar al Hospital Isidro Ayora, nos asustamos al ver a mi padre lleno de lágrimas. Con voz entrecortada y llorosa contó que mi madre había sufrido un colapso cerebral, y que sus posibilidades de sobrevivir eran muy bajas.

En ese momento no sabía si gritar, llorar o callar. Opté por llorar, y lo hice como un bebé. El resto también se deshacía entre lágrimas y lamentos. Saber que la mujer que te dio la vida estaba luchando con la muerte era lamentable. Con caras largas de tristeza, todos me miraban y me decían:

—Duro, mijo. La vida te va a poner obstáculos, pero tienes que superarlos y seguir adelante. —Y así seguían y seguían.

Mi madre estaba prácticamente vegetal, y no me dejaban pasar a verla. Así pasaron los días hasta que el sábado 15 de marzo del 2015, mi padre decidió desconectarla para que descansara en paz y ya no sufriera más en esta cruel vida. Todavía la recuerdo como la mejor madre del mundo.

DIANA EUGENIA PATIÑO
trabaja en la Unidad Educativa María Cordero León.

Aurora

Aurora aún recuerda la puesta de sol, mientras miraba el horizonte y cómo los bordes de las montañas se volvían anaranjados. Sus ojos, desde el pequeño bosque elevado donde estaba la casa de su mamá, buscaban vislumbrar más allá de una tarde que iba y una noche que venía.

Era una niña que buscaba el honor en las notas altas y las medallas.

Con Gloria, que fue y es su mejor amiga —aunque vivan en lugares distintos—, en el fondo conservan las travesuras y la alegría

infantil. Sí, fue Gloria quien le prestó su vestido *beige* y pomposo para tener una cita con un niño del grado inferior. Parecía que iba a recibir las nupcias en la catedral de La Inmaculada, acompañada de su madrina, su mejor amiga y los más discretos invitados, que no podían faltar. Primero, estaban los eucaliptos y pinos con sus pájaros copetones, chirotes y mirlos. El piso era una llanura de hierbas y flores con todos sus insectos; entre los más notorios por sus trajes estaban las mariposas, las abejas y las mariquitas. Sería el comienzo para entender el amor a partir de un tímido "hola" y un "chao" de despedida cuando ya no sabía qué decirle al niño que le gustaba.

Las actividades escolares se alternaban con aquellas más emocionantes en el campo, con los abuelos. Después de clases, Aurora pasaba la mayor parte de la tarde con ellos —claro, cuando el abuelo no estaba de pastoreo—, en la casa grande de dos pisos con pasamanos celestes de madera. Siempre la había atraído, quizá porque diez años atrás, las labores de parto sorprendieron a su mamá en el primer piso.

Alejandrina, su abuela, tenía aparte dos tierras de pasto y siembra: El Tambillo y La Comuna. En cada una, el agua bajaba de las montañas y colinas con notas alegres, que hacían sus suelos fructíferos de alimentos tanto para los animales como para sus dueños.

Aurora aún ve, en sus claros recuerdos, a su abuela con su clásica pollera colorida, su chompa delgada y su sombrero blanco, recogiendo las flores amarillas de los nabos que crecían cerca de la pequeña cabaña hecha de tierra y carrizo. Esa sopa caliente de verduras, en la altura de las montañas, era deliciosa por la frescura de los ingredientes y el sabor único que le daban los platos de barro y las cucharas de madera.

Cuando Aurora iba a El Tambillo, a veces la acompañaba su mamá, junto con el ganado, los caballos y sus infalibles canes. Les



tomaba una hora y media llegar, y lo primero que hacía la niña era lanzarse en el prado. Esa sábana de felpa verde le daba una cálida bienvenida, acariciando su cuerpo cansado y sudado mientras veía la montaña más alta del paisaje, en cuya cumbre lineal había un árbol; por la figura de su follaje parecía un hombre que nunca se sentaba y de pie las miraba fijamente.

Algún día, Aurora regresará a esos prados para subir a la montaña y preguntarle por qué las miraba tanto sin cansarse jamás o inmutarse por los fuertes vientos que soplaban desde el oeste. Lo abrazaría tan fuerte por ser el centinela que guardó sus fotografías en sus tiernas hojas. Solo espera que no sea tarde y que ninguna motosierra o hacha se haya atrevido a cortar su vida.

Ir a La Comuna, donde estaban las tierras más altas y coloradas, exigía un viaje de tres horas. Allí, casi al finalizar el camino, Aurora y sus primos habían descubierto una pequeña vista de la ciudad de

Cuenca, un valle blanco bañado por cuatro ríos escondidos a sus pequeños ojos. Creo que Aurora jamás volverá a ver aquellos pájaros de plumas amarillas, verdes, rojas y celestes que salían de la vegetación espesa y se posaban en los bordes de las ramas, mostrándole matices de colores que ningún humano llegaría a crear, tal vez solo Miguel Ángel o Leonardo da Vinci, si volvieran a la vida.

Un día de tantos, Aurora y su madre regresaban con los caballos cargados de *ray-grass*, pasto azul, un poco de leña y los granos verdes de la cosecha. Un torrencial aguacero las atrapó al bajar las montañas. Lucia, su mamá, se resbaló en medio camino y de pronto el accidente se convirtió en descubrimiento: la tierra formaba allí una perfecta resbaladera, en la que, por turnos, iban sentándose y deslizándose metros hacia abajo. Al menos con los juegos involuntarios y el susto por los relámpagos acortaron el regreso, aunque su ropa destilara agua y un lodo ocre y rojizo. Sorprendentemente, los caballos nunca llegaron a caerse en semejantes tormentas, a pesar de que sus herraduras no tenían antideslizantes.

Las salidas de domingo con su abuela terminaron cuando su salud se agravó. Después de varios exámenes de su sobrino médico, Pablo Salazar, especializado en España, este les comunicó que tenía fibrosis pulmonar. Aquella era la causa por la que le faltaba el aire; cuando intentaba caminar, se ponía morada por el esfuerzo y la acompañaba una insistente tos. Hasta allí llegarían las palabras de Alejandrina Quezada, "*Quier*, dos, tres, cuatro; *quier*, dos, tres, cuatro", cuando corría con Aurora para ir a dormir a la casa de su querida hija Lucia. Tampoco iría más a cortar cada tarde la porción de alfalfa para la comida del chanchito, que dormía a lado de los fiques sin espinas; todo acabaría.

La niña estaba en el último año de escuela y, esa mañana, su profesora le dijo:

—Aurora, si quieres, puedes ir al sepelio de tu abuela.

Ella contestó con un movimiento negativo de la cabeza. Ya no quería perder más clases después de estar dos días al lado de un ataúd con flores y unas lámparas gigantes en la sala de su casa. Se convenció de que jamás se levantaría, y no quería acompañarla al panteón en medio de tanta gente, o tal vez deseaba evitar el llanto al descubrir que la magia de la vida se inmoviliza dentro de una bóveda fría y oscura.

Sabía que nadie notaría su ausencia, porque en ese instante el otro vacío era mayor. Nunca hubo una sola lágrima en su rostro a comparación de los mares que soltaban su mamá y sus tías. Lucia todavía siente nostalgia en los eventos importantes que compartían, como aquellos carnavales con bailes, dulces, cuyes asados, caldos de gallina, polvos blancos dispersos en el aire... Escucha aún el canto de su madre y su tía —que las visitaba desde Cuenca—, cuando hacían dúo con una guitarra al son de las canciones de las hermanas Mendoza Suasti.

Alejandrina se fue, su vida se desvaneció, y poco a poco ya no quedaron maizales florecidos ni frutas olorosas y coloridas, porque la maleza ocupaba sus terrenos y las grandes mingas, que duraban hasta dos días, habían perdido a la mejor anfitriona. Cinco años después de su muerte, hasta la casa se derrumbó; tenía algunas fisuras en las paredes que trascendieron con el pasar del tiempo debido al abandono de sus habitantes.

El abuelo de Aurora, Adolfo, pasó a vivir por temporadas con sus hijos, después de sufrir en su brazo una parálisis que iría avanzando con los años. Firme en su ateísmo, nadie lo había doblegado nunca para entrar a una iglesia, ni el "cura sin cabeza" que lo había asustado una madrugada al sacar a los animales del corral, ni la "mama wuaca" que se le apareció entre la vegetación de El Tambillo. Antes de postrarse totalmente en una cama en casa de su hija Lucia, desvariaba levantándose de madrugada para

llevar a pastar a sus animales. Se habían esfumado los días en que los vecinos de la entrada de la villa veían cómo se le iban cayendo las cargas de hierba, y él no respondía a los llamados por su leve sordera. Aurora era la primera en reírse cuando escuchaba a su abuela, molesta:

—¡Qué señor! Ni siquiera mira hacia atrás. —El hombre solo se daba vuelta al llegar a casa, para ver al caballo sin carga ni aperos.

Después de un año de cuidar a su hermana mayor, Lenhid, por dos operaciones que casi le cuestan la vida, y luego del nacimiento de la menor, Emilia, Aurora armó sus maletas y se fue a otro mundo. Hoy solo ve casas de brillantes tejados, carreteras, edificios, electricidad; ya no puede apreciar la luz apacible del espacio o de la Luna dibujando las siluetas oscuras de los árboles, ni escucha ningún perro ladrando a lo lejos.

Es una adolescente de catorce años convertida en niñera y ama de casa sin haberse casado, pero al menos está profundamente comprometida con los libros. Por ello no se permite salir de las elegantes y frías paredes de concreto: sus anhelos de estudio son más fuertes. Duerme en el cuarto de alimentos de reserva, donde, guardada en cartones, hay ropa infantil que le recuerda a su pequeña hermana: "¡Qué hermosa que le quedaría a esa muñeca de ojos románticos y cabello ondulado!". Pronto se dio cuenta de que las personas ilógicamente acumulan cosas sin necesitarlas, quizá con la excusa de "por si lo necesito más adelante", cuando en realidad no son dueños del mañana.

Aurora ama profundamente a su madre; la llama frecuentemente, al igual que a sus hermanos. Por medio de las redes sociales ve de cerca cómo su hermana Emilia canta en los grandes escenarios, y las fotografías de Lenhid sonriendo con sus niños entre papeles, notas, libros y marcadores. Bernardo, su hermano, ocupado en sus negocios, le envía cada vez que puede

mensajes cariñosos en su cuenta de Facebook. Su papá, después de haber dado el gran salto por el Atlántico hacia España y haber estado allí durante once años, regresó para ver que Aurora era la que faltaba, y quizá siempre faltó. Sus ojos cafés siguen revisando la teoría de cuerdas de Einstein para descifrar el misterio de la vida con sus fórmulas secretas y dar el salto a mundos paralelos u otras dimensiones.




DEISY
DEL ROCÍO MORA
vive en Azogues, Cañar.
Está vinculada con la
Unidad Educativa Juan
Bautista Vásquez.

Una "gran idea"

Tuve una infancia muy bonita. Recuerdo que entre todos mis hermanos compartíamos las tareas de la casa; éramos nueve: cinco mujeres y cuatro varones.

Cada día esperábamos a que llegara la noche para salir al patio y cantarle a la Luna. Mi mamá nos regañaba; decía que hiciéramos silencio, ya que los vecinos se quejaban por tanta bulla. Además, había que levantarse temprano.

Recuerdo que un viernes por la noche, mi mamá dio la orden de que el sábado alguien tenía que ayudarla a cuidar una ovejita



que se había comprado. Yo tenía mucho miedo de ser la elegida. Sin embargo, mi mami me señaló y tuve que aceptar.

No dormí en toda la noche, pensando en cómo cuidar a Celia —aquel era el nombre del animal—. Por mi mente pasaban tantas cosas: “Tal vez se suelte, o me patee, o me haga caer...”; en fin, tantas cosas. Así que se me ocurrió una “gran idea”: desaparecer, pero ¿dónde, si nuestra casa era pequeña? Entonces, vi un hueco en el tumbado y decidí esconderme ahí.

Todo iba bien al principio. Desde arriba, sentada, escuchaba cómo me llamaban, y permanecía en silencio.

—¿Dónde está Deysi? —preguntaba mi madre, pero nadie sabía nada.

Justo cuando alguien más iba a cuidar de Celia, empecé a sentir que las tablas del tumbado se movían. Fue todo muy rápido.

Cuando quise levantarme, ¡bum!, caí al suelo y encima me cayeron otras tantas cosas.

Por un momento pensé que me había muerto y que estaba en el cielo, pues había demasiado polvo como para ver. De repente alcancé a distinguir a mi hermano mayor, que intentaba entender qué había pasado. Nadie sabía que yo había sido la culpable de que se cayera el tumbado, pero al escuchar mi voz de dolor empezó a reírse a carcajadas. Desde ese día, lo hacemos cada vez que recordamos aquel episodio, ya que por mi culpa se dañó el tumbado y se perdió la oveja Celia.




ANTONIO RAFAEL BETANCOURT
nació en San Vicente, Manabí, en 1968. Trabaja en la Escuela de Educación Básica Juan Bautista Aguirre. Sus actividades favoritas son arreglar cosas y leer.

Vivencias en el Putumayo

En octubre de 1998, me disponía a ir a lavar en el Putumayo una ropa que tenía; para esto, dejé cocinando un arroz con bastantito aceite que me diera tiempo de volver. En el río me encontré con unas madres de familia que miraban fijamente una canoa en la que había un monito chamuscado. Les pregunté por qué estaba allí el animalito, y me dijeron que era para que les sirviera de comida a los perros.

Me quedé un rato conversando y cuando llegué a la casa, ¡oh, sorpresa!, encontré la hornilla encendida y me acorde del arroz. Cuando lo vi, ¿qué creen?, había tres cocolones: abajo, a los lados y arriba.

En el mes de junio de 1999 concluyó otro período lectivo y, a la vez, mi contrato como maestro en la escuela sin nombre del recinto El Palmar. Los días anteriores había pedido prestada a un sacerdote una canoa para poder sacar mis cosas, pues era la única forma de salir de allí.

Después de la clausura del año lectivo y de mi despedida, emprendí —junto con mi pareja, quien ya estaba embarazada de mi hijo Antony, y la señora María Gómez, hoy administradora circuital— el viaje río abajo. Así llegamos hasta la comuna San José de Wisuya y entramos por un riachuelo. El objetivo era llegar al kilómetro 16, en donde se encuentra una plataforma petrolera, y desde allí viajar en carro hasta Sansahuari.

Pero el viaje no salió como estaba planificado, pues por cosas que nunca faltan empezamos una pequeña discusión y nos desviamos de la ruta trazada. Se nos vino entonces la noche y tropezamos con un tronco de madera, lo que ocasionó que la pequeña embarcación se volteara y nos lanzara al agua. Enseguida empezamos a nadar a tierra firme para estar a salvo.

Después del susto, empezamos a rescatar lo que pudimos: primero la canoa y, luego, una pareja de perritos que teníamos, unas aves y unas maletas con ropa. El resto de pertenencias —la cocineta, la grabadora, la comida, etc.— se perdió, pues no teníamos con qué alumbrarnos. Como el río era correntoso, el agua lo arrastró todo.

Nos tocó amanecer en medio de la montaña, sin nada de protección, mojados, en medio de unos hormigueros que no nos dejaron descansar. Esperábamos a que se hiciera de día, pero era



tanta la desesperación por salir de aquel lugar que la noche se nos hizo interminable.

Por fin llegó el alba. El ruido de un motor nos despertó, porque, a pesar de las hormigas, nos habíamos quedado dormidos. Así, nos preparamos para volver a emprender el viaje, no sin antes prometer que no volveríamos a discutir.

¿Y qué creen? En esos momentos de nuestra aventura, habíamos estado a unos sesenta metros de nuestro destino final: allí, muy cerca de nosotros, estaba ya la carretera.




STEEVEN CABRERA
nació en Cotocollao, Pichincha, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Presidente Tamayo. Su actividad favorita es dibujar.

El primer amor

Cuando era pequeña me encantaba quedarme en casa de mi abuela los fines de semana. Mi primo y yo nos los repartíamos, pues a los dos nos encantaba estar allí, pero juntos no podíamos porque nos peleábamos. En casa de mi abuela siempre había una historia que oír, un recuerdo que descubrir, fotos que ver...

Uno de esos fines de semana que pasé allí, mi abuela me hizo señales con la mano, indicándome que la acompañara. Puedo ver su cara aún, emocionada por lo que iba a enseñarme, temerosa de que mi abuelo la descubriera. Se le escapaba la risa.



Me llevó a su habitación y nos sentamos en la cama. Abrió uno de los cajones de la mesita de noche y sacó una cajita pequeña de metal. En su interior había un corazón de papel, que se podía ir desplegando y que al final formaba parte de los pétalos de una flor. Tal como ibas abriéndolo, encontrabas algo escrito y unos dibujos. Recuerdo que en uno de ellos ponía: "Abre mi corazón y verás mi pensamiento", y en el siguiente doblez estaba el dibujo de una avioneta. En el penúltimo pliegue decía: "Abre mi pensamiento y verás lo que yo quiero", y a continuación se leía el nombre de mi abuela como respuesta.

En voz baja, me contó que cuando era niña, el hermano de una amiga le había regalado ese corazón de papel. Ella tenía unos nueve años y él, dos o tres años más. Fue el primer amor de mi abuela. Edwin Gerardo Pizanán se llamaba aquel niño que quería ser aviador.

Unos años más tarde, la familia de Gerardo se mudó a Quito y nunca volvió a saber de él. Pero mi abuela conservó su recuerdo, conservó ese corazón de papel, en el que se refugiaba cada vez que le venía la nostalgia de ese amor tan inocente y tan puro. Su primer amor. Ese que dicen que no se olvida. Así fue para mi abuela.

Muchos años después, y ya viuda, mi abuela quiso saber de Gerardo, y con la ayuda de un familiar llamó a la empresa telefónica para ver si en Quito constaba algún número a su nombre. Pero no hubo suerte.

Mi abuela murió conservando el recuerdo de Gerardo. Entre sus cosas aún está aquel corazón de papel.



AXL ARON FRÍAS
vive en Riobamba, Chimborazo. Está vinculado con la Unidad Educativa Liceo Iberoamericano.

Mi abuelo Martín

Era bastante cómodo; poco a poco te hundía como si fuese una trampa de lodo caliente que también te adormecía. Era el sillón con olor a tela vieja del abuelo. Las cortinas, las rejas de la ventana y el vidrio hacían de filtro para que el sol entrara tenuemente a la sala y se viera flotar al polvo.

Era un domingo familiar y la vida estaba repartida por toda la casa. Mis cuatro primos menores se paseaban buscando cuartos ocultos y tesoros perdidos, los tíos jugaban cuarenta en la mesa soleada, mi hermana estaba encerrada en el cuarto con mi prima,



mi mamá se unió a mis tres tías y a mi abuela para hacer arte culinario, mientras un tío y mi papá tomaban cerveza y escuchaban el partido de fútbol. La pintura familiar parecía completa desde el sillón del abuelo.

Al pensar eso, vi de repente por una entrada que daba a la sala: las puertitas, que llegaban a la altura de la rodilla, tipo Viejo Oeste, se abrieron solas y solas se cerraron. Me quedé viendo sin entender, y sentí como que un chorro de agua fría me caía por la cabeza. Estaba asustado.

Quieto todavía, noté que el sillón de la abuela, que apuntaba diagonalmente hacia mí, se hundía, muy lentamente, como para asustar más. Cuando el agua fría llegó a mis pies, salí disparado a la cocina. Mi mamá me vio llegar y direccionó su cuerpo hacia mí para hacerme probar el caldo. Se extrañó al verme, y mientras palpaba mi cara dijo:

—¿Estás bien? Parece que viste un fantasma.

—Sí, y me está esperando —respondí.

Cuando salía de la cocina, la abuela me llamó y me dijo que fuera a buscar al abuelo, que el almuerzo ya estaba listo. Mirando con expectación a la sala, salí rumbo a las escaleras para ir al estudio del abuelo, en el que solo estaba su olor. Mi mamá me gritó:

—Hans, llama a Marie y a tu prima para que bajen a comer.

Pensando "Pero todavía no encuentro al abuelo", fui a llamar a las chicas y bajé detrás de ellas. Mientras lo hacía fui viendo poco a poco la sala. En el sillón estaba Martín, mi abuelo. Ahí me desmayé.

Su voz era un instrumento afinado y con polvo cuando comenzaba a hablarme. Casi podía tocarlo y hacerlo reír para escuchar nuevas notas. Era algún día en cualquier mes de años previos a su muerte y paseábamos después del almuerzo. Me contó que para convertirse en fantasma solo basta con quedarse quieto y no ver a los ojos de la otra persona, basta con dar pasos lentos que no se escuchen, basta con no hablar, basta con añorar la muerte y no disfrutar lo que te queda de vida, basta con no terminar la frase que siempre quisiste empezar.

BRENDA NARCISA CARRASCO
vive en Santa Elena, Santa Elena. Está vinculada con la Unidad Educativa Albert Einstein.

Paseo por la selva de Perú

En el año 2009, durante un paseo por una parte selvática de Perú llamada Anda, perteneciente a la ciudad de Tingo María, del departamento Leoncio Prado, visitamos al Sr. Ludgardo Monjaras, abuelo de mi esposo Hugo Monjaras, de nacionalidad peruana, aproximadamente por una semana. Era un lugar nuevo para mí y mi esposo tenía más de ocho años sin ir.



El abuelo era dueño de muchas hectáreas de tierra y se dedicaba a sembrar: papa, aguajina[1], lima o naranja, entre otras frutas típicas del lugar. Dentro de su propiedad se incluían hectáreas de tierra consideradas vírgenes, es decir que aún no habían sido exploradas. El segundo día de visita decidimos conocer las tierras y llegar hasta el límite de lo que había sido explorado. Empezamos el paseo y yo estaba muy confiada, pues mi esposo me aseguró conocer todo el camino, tanto de ida como de vuelta. Todo era muy hermoso, llegamos hasta el límite trabajado por los peones del lugar y, a eso de las cuatro de la tarde, decidimos regresar. Comenzamos a caminar muy confiados de conocer por dónde íbamos, pero, ya casi a las cinco de la tarde, nos dimos cuenta de que nos habíamos perdido. Decidimos seguir intentando ubicarnos pero terminamos dando vueltas en círculos, regresando siempre al mismo lugar.

1 Fruta exótica con sabor agridulce de la selva peruana.

Entonces recordamos una historia del pueblo que nos habían contado, sobre un pájaro llamado "Sin fin"[2], el que, aparentemente, con su canto hacía que las personas se confundieran y marearan, hasta extraviarse. En ese momento comenzamos a escuchar el canto de un ave entre los árboles, el sonido era agudo y largo, y, como era de esperarse, nos llenamos de temor. A lo que escuchábamos se sumaba el hecho de saber que esas tierras eran invadidas por terroristas, que tienen sus aldeas en lo más profundo de la selva y por las noches acostumbraban a salir al pueblo, ya sea a robar ganado o frutas, o a obtener de cualquier forma sus alimentos u otros materiales que necesitan.

Comenzamos a llenarnos de mucho miedo y un poco de desesperación ante todo lo que pasaba por nuestra mente. Decidimos caminar más rápido, pues empezó a anochecer y cada vez se tornaba más difícil encontrar el camino de vuelta, e incluso oramos, pidiéndole a Dios que nos ayudara a regresar.

De pronto, a lo lejos oímos más ruidos y comenzamos a gritar pidiendo ayuda, esperando que alguien nos escuchara. Estuvimos así una media hora, gritando y caminando sin sentido, hasta que, ya cerca de las siete de la noche, al parecer alguien nos oyó a lo lejos. Esta persona comenzó a hablarnos en voz alta diciéndonos que no dejáramos de gritar, pues él se estaba guiando por el sonido para encontrarnos. Llegó hasta nosotros y había sido un primo de mi esposo, quien se encontraba reuniendo a las últimas vacas cerca de ahí. Logramos llegar hasta el establo, casi a las ocho de la noche, y estando allí recién nos sentimos a salvo. Desde ese punto caminamos casi medio kilómetro hasta la casa de los abuelos.

Fue una experiencia de la que pensamos que no saldríamos con vida, pues allí había anacondas y tigres, entre otros animales salvajes que salen durante la noche. Desde ese día no volvimos a caminar más allá del establo.

---

2 Ave con un particular canto que atrae la atención de las personas. se encuentra en la Amazonía de Perú.

CARMITA DEL ROCÍO MARTÍNEZ
trabaja en la Escuela de Educación General Básica Daniel Muñoz Serrano.

Mi niña especial

Esta historia la narro como madre y maestra a la vez, pues la vida me ha dado la oportunidad maravillosa de vivir una doble experiencia emocionante, apasionada y, sobre todo, especial.

Hace ya ocho años que esperé con ansias, como si fuera la primera vez, a mi tercera hija. Me preparé emocionalmente; bueno, ya lo estaba, por eso quise tenerla. Fui a ver a la ginecóloga y todo estaba normal.

—¡Doña Carmita, no hay ningún problema! —fueron sus palabras.

Pasaron quince días y la noticia tan esperada llenó de felicidad mi hogar. Desde ese mismo instante comenzó la larga espera, hasta que en el séptimo mes supe que algo malo sucedía: mi niña venía con algún defecto, pero nada impediría que la tuviera. Me dio miedo, lo confieso; lloré mucho, pero no tenía el valor de deshacerme de ella. Es mi carne, es mi sangre, es mi todo. Tan indefensa, tan pequeña, si no tiene a su madre, ¿quién la va a cuidar?

Entonces recordé una analogía que no sé dónde escuché y que se grabó en mi mente hace muchos años. Hablaba de tener un hijo "diferente", con discapacidad. Decía que es como preparar un viaje a un lugar soñado: una vez listo el equipaje, llegamos al aeropuerto y tomamos el avión, pero, de pronto, algo sucede, empiezan a fallar los motores, los controles no funcionan, se debe aterrizar de emergencia. Llegamos ya, pero ¡no es el lugar al que íbamos! Lo peor de todo es que no podemos regresar, debemos quedarnos para siempre ahí. Sin embargo, día a día vamos recorriendo de a poquito ese lugar y encontramos su verdadero valor, la belleza oculta a nuestros ojos, la riqueza y el encanto que posee. Nos enamoramos de él, y tanto lo amamos que ya no queremos regresar. Ese lugar mágico es mi niña, con la dulzura de su corazón y la ternura de su inocencia.

Fue muy duro, de verdad. Sentí cómo el alma se me rompía en pedazos. Recuerdo la expresión del médico cuando mi niña nació:

—Ya sabemos qué tiene —me dijo.

—Espina bífida, ¿verdad, doctor? —le contesté, pues con los datos que en las consultas anteriores me había dado, lo había investigado en Internet y conocía el posible diagnóstico y sus terribles secuelas: lesión medular, hidrocefalia, cuadriplejía…; en fin, una vida sin vida, postrada en una cama, sin posibilidades de correr, tropezar y caer como cualquier otra niña de su edad.



Visité varios médicos. Unos no me daban esperanzas, otros decían que algo mejoraría, hasta que apareció un ángel de túnica larga y un pelo teñido de blanco que daba evidencias de su talento y experiencia. Con la voz firme y suave, luego de examinarla dijo:

—¡Esta niña caminará! Sí, seguro, sin muletas. A lo mejor necesite algún soporte, ¡pero caminará!

Escucharlo me dio el empujón que necesitaba para arrancar con fuerza y coraje lo que debía enfrentar desde ese momento. El camino sería difícil, pero lo recorreríamos juntas.

Luego vinó un sinnúmero de cirugías, van catorce ya. El corazón se me detenía cada vez que ella entraba al quirófano, pero las ganas que tenía mi chiquita de vivir le dieron el valor para salir siempre triunfante. Uno de los eventos más traumáticos era cuando tenían que sacarle las muestras de sangre. ¡Cómo padecía,

cuánto gritaba! No le encontraban las venas, lo que significaba horas interminables de dolor.

Luego vinieron las terapias, día tras día, hasta que a los tres años, cuando la fui a recoger de su sesión, me llevé la sorpresa más grande: se soltó de la mano de la terapeuta y dio sus primeros pasos, apoyada en sus prótesis pero independiente y libre.

De ahí en adelante ha sido un largo trayecto cuesta arriba: una decena de especialistas, más cirugías, peripecias para recaudar fondos y seguir su tratamiento... Nada importaba, si el resultado cada vez era mejor.

Desde que nació he documentado sus progresos, uno a uno, y hoy miro cómo el amor puede vencer cualquier obstáculo. Pensar que pasamos cuatro meses interminables en un hospital, viajes largos y tediosos para buscar un especialista que acá no había, acusándome siempre de ser la culpable de lo que le pasaba. Soy su madre, amiga, confidente y maestra a tiempo completo. No se trata de una carrera de velocidad, más bien es una carrera de resistencia, pues aún nos falta mucho, pero vamos con paso firme.

La veo y me repito que valieron la pena tanto sacrificio, tanto dolor y lágrimas. "Dios le da hijos especiales a padres especiales". Esta frase me llena de un sano orgullo. Desde acá veo cómo muchas personas se ahogan en un vaso de agua cuando hay situaciones más terribles. Y lo mío es nada comparado con otros casos de discapacidad.

"¡Yo la admiro! En mi caso no hubiese podido lograrlo. ¡Es usted muy valiente!", me repiten todo el tiempo, pero yo les respondo que no hay ningún secreto. O, mejor dicho, cuando tenemos que enfrentarnos a una situación igual, las fuerzas salen de donde no pensamos tenerlas. No existen el cansancio, el sueño ni el hambre,

solo el deseo de ver una sonrisa que ilumine la oscuridad y que nos dé el empujoncito que nos hace falta.

Muchas veces renegué de Dios y le pregunté: “¿Por qué a mí?”. Tardé mucho en entender que si me dio una niña especial es porque sabe que existo, no pasé desapercibida para Él.

En las noches la miro dormida. Me busca para abrazarme y susurra:

—¡Mamita, te quiero! —Me da un beso y se pierde otra vez en sus sueños.

Corre con su dificultad pero no tiene barreras. Sonríe siempre, baila, salta… Le pregunto:

—¿Eres feliz?

—¡Sí! —me contesta ella. Ese es el mejor premio que puedo esperar.

Y el premio fue doble: hoy como maestra tengo en mi aula otra niña especial. Su discapacidad es intelectual, severa, pero eso no ha impedido que su corazón crezca igual que el de los demás. Siempre se para en clase y viene junto a mí; me llama “mi Carmita” y espera un beso para empezar a hacer su tarea. A lo mejor no llegará a resolver casos de factoreo o las fórmulas aplicadas en las reacciones químicas; a lo mejor nunca llegará a leer o escribir con el código convencional, pero se graduará con honores en el arte de ser feliz, pues ella tiene lo que muchos anhelamos: la eterna niñez, ese mundo donde no existen los problemas ni las peleas, solo el juego y su infaltable dibujo para pintar, donde colorea sueños y fantasías que a los adultos tanta falta nos hacen.

Emy y Estefy serán siempre para mí niñas especiales por la pureza de su alma, la grandeza de su corazón, la transparencia de su inocencia. Eso las hace especiales y únicas. Me gusta más ese término que los que ahora se utilizan, pues no existe otro

calificativo para ellas, que me han regalado esta maravillosa experiencia, con la que he crecido hasta ser una mejor persona, capaz de dar hasta lo que no tiene, capaz de ser más tolerante, más humana y sensible ante el dolor ajeno.

Cada día que las miro en el recreo y van juntas de mi mano, ratifico que no podría haber escogido una mejor profesión que la que tengo. Ser madre y maestra de niñas con discapacidad es una experiencia única, es como tener un pedacito de cielo a mi lado. Ellas son mi motivación, guardan esa transparencia que hoy le hace falta al mundo, pues, mientras ellas tienen discapacidades físicas e intelectuales, muchos tienen discapacitado su corazón. Eso sí que da lástima. A ellos sí les queda el término "personas con discapacidad", mas no a mis pequeñas; cada una de ellas será siempre mi niña especial.




ANGÉLICA MARICELA AYALA
nació en Tulcán, Carchi, en 1971. Trabaja en la Unidad Educativa Cristóbal Colón. Su actividad favorita es ser docente.

Ave fénix

Hay tantos tipos de memorias como de personas. Podemos escribir sobre la infancia, sobre lugares visitados, sobre recuerdos felices y sobre otros que pueden ser amargos. Escribir tus memorias es como prepararte para una confesión. Hoy con fuerza tomo mi lápiz para narrar una historia en la que yo no pedí ser la protagonista.

Tengo 46 años y vivo en la ciudad de Tulcán. Mi familia más cercana, con la que tengo una excelente relación, está formada por mi esposo, mis dos hijas y mi nieta, a quien adoro.

Tal vez mi relato no les parezca interesante, pero sí una historia de reflexión y ánimo para quienes se encuentren en un hecho similar. Escribo estas líneas para aquellas personas que están padeciendo de cáncer y se encuentran confundidas y sumidas en el miedo y en la desesperanza. En esta historia describo mi vida, la de una persona común y corriente, con sus defectos y virtudes, sus sueños y cualidades. Una vida normal y cotidiana como la de cualquier persona que disfruta de su familia, de sus amigos y de los estudiantes, porque soy maestra y lo amo.

Me gusta la sinceridad y odio las mentiras; por ello digo las cosas tal cual, aunque la gente no las quiera escuchar. Lo que me hace diferente de los demás es mi carácter fuerte y persistente, que no se deja vencer fácilmente; sin embargo, tengo temores, como cualquier persona.

En un momento, en un parpadeo, me he encontrado de puntillas al borde del abismo, sintiendo de cerca las garras de uno de nuestros peores enemigos: el cáncer, el maldito cáncer. Da una batalla sin tregua y se ha llevado a algunos de nuestros amigos y familiares más queridos.

Me dirigía a la ciudad de Quito en busca de poder embarazarme por tercera vez, ya que me sentía fuerte, vigorosa, saludable y con ansias de volver a ser madre. Sin embargo, las noticias que recibí del médico no fueron para nada gratas. Al parecer no estaba tan sana: tenía un cáncer microinvasivo que, a pesar de ser bastante pequeño, iba carcomiendo mi existencia. Y digo "carcomiendo" porque lo sentía como una mala hierba, como una plaga que estaba acabando con lo más precioso de mí. Allí empezó un período de verdadera tortura mental. Comencé a preguntarme: "¿Por qué yo? ¿Por qué a mí?". Los primeros momentos fueron de una total confusión de sentimientos: rabia, duda, impotencia, incredulidad y negación.



Desde entonces todo fue diferente, mi vida dio un gran giro. Todo cambió: escuchaba llantos, veía rostros pálidos y sombríos que reflejaban la tristeza de quienes me querían. Los meses que duró este trágico incidente fueron muy duros: depresiones, viajes constantes, no querer ni poder salir de la casa. La incertidumbre y angustia de mi familia se apoderaban de la felicidad que existía; sumado a ello, las complicaciones económicas agravaron la situación.

Recuerdo un martes 13. Qué paradójico resulta: una fecha tan temible para todos y de bendición para mí. Esa operación a tiempo fue mi salvación. Me hallaba en la sala de un hospital y pensaba en lo pequeñas que eran mis hijas y en que mi gran amor iba a quedar solo. Recuerdo una aparición frente a mi cama, que quizá fue producto de la anestesia o de mi imaginación. Vi personas con túnica azul que me miraron con profunda tristeza y moviendo su cabeza dijeron que no.

En ese momento supe que tenía una oportunidad de volver a vivir. De regreso a casa me dediqué a leer y entre mis libros surgió uno —no recuerdo haberlo comprado o pedido; apareció de la nada, creo que Dios me lo envió— que me dio la fortaleza que necesitaba. Entonces juré darle batalla a este terrible invasor.

Hoy veo esa etapa de mi vida como un proceso de renovación. Me levanté como un ave fénix, con ganas de volar y salir de ese espantoso y oscuro pozo de dolor.

Han pasado diez años de aquel nuevo nacimiento. Hoy la historia es diferente. Sé que soy la hacedora de mi propio destino. Creo que la base para este renacer radica en el amor, en el amor que pueden brindar la familia, la pareja, los amigos. Con fuerza, firmeza y coraje intento siempre seguir. La esperanza existe, está siempre allí. Lo único que nunca voy a perder es esa fuerza extraordinaria que hay en mi ser.




DAVID BALCÁZAR
nació en Tena, Napo, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San José. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Noches inolvidables

Luego del curso de piano, corrí a esperar el bus de las seis. ¡Me había olvidado de que tenía que estar temprano en mi casa! Cuando me subí, iba pensando cómo sería vivir en la época de cuando mi mamá era niña, cómo se sentiría montar un caballo o cuidar de los animales. Regresé a ver la ventana. Estaba muy cerca de mi lugar de destino y todavía no me había acordado ni de sacar la plata para pagar al chofer. Con algunos esfuerzos apresurados, saqué el pasaje de mi bolsillo y me bajé del bus.

Caminé cinco minutos de la parada hasta mi casa, que quedaba en un pequeño barrio escondido entre los árboles. Cuando alcancé a divisarla, encontré todas las luces apagadas, excepto la que alumbraba el patio del frente. Mi mamá y mi hermano jugaban allí al policía y al ladrón; mi hermano me recibió con un fuerte abrazo, mientras mi mamá me invitaba a que jugara con ellos. Pero yo quería saber cómo era su vida en el campo, y le comenté lo que había venido pensando en el trayecto. Mi hermano se sumó: también quería que le contaran un cuento.

Mi mamá accedió con la condición de que nos fuéramos a dormir temprano; por supuesto que ambos aceptamos. Entonces, comenzó su historia:

Cuando era niña, no existían los celulares y mucho menos las pantallas planas. Yo vivía en una cabaña a dos horas de la ciudad. Como bien saben, siempre estaba pendiente de sus dos tíos, Olmedo y Herman, mis hermanos pequeños.

Todos los días salíamos a las cinco de la mañana de la finca a la escuela. Nos bañábamos en agua helada, que era transportada en una caleta que quedaba muy cerca de nuestra casa. Mi mamá, Delfita, nos daba de comer antes de salir. Llevábamos chompas, sombrillas y hasta botas, ya que había mucho lodo en el atajo que tomábamos para llegar a la escuela.

Cuando volvíamos, cada uno tenía un papel que cumplir en el hogar: yo cocinaba y arreglaba la casa, Olmedo alimentaba a los animales y Herman salía a conseguir leña. En nuestros tiempos libres jugábamos a las cogidas y a las cartas, pero lo que más nos gustaba era montar a caballo y pasear por toda la finca. A veces competíamos por ver quién era el más rápido.

Mis padres llegaban siempre a las siete, después de un duro día de trabajo en la finca, y nosotros teníamos todo listo. A veces no



alcanzábamos a hacer los deberes en la tarde y, como no teníamos luz eléctrica, nos alumbrábamos con una vela.

Un día, mi papá llegó muy enojado. Me dijo que se acercaban las fiestas de la parroquia y que todos los jinetes del pueblo iban a competir en una carrera a caballo. El ganador se llevaría mil dólares. Sin embargo, a él no lo habían invitado porque ya era muy viejo. Le dije que participaría yo, pero se negó: podría hacerme daño. Entonces, Olmedo se ofreció y mi papá se emocionó, porque tenía puestas sus esperanzas en él.

Escogimos al mejor caballo y mi hermano se presentó muy elegante al concurso. Cada uno de los diez participantes estaba listo, excepto Olmedo, que estaba coqueteando con una chica del pueblo. Mi papá fue, le jaló la oreja y le dijo que no se distrajera. Entonces, subió al caballo y se preparó para la competencia.

El alcalde dio las palabras de bienvenida e, inmediatamente después, comenzó la carrera. El juez alzó al cielo una bandera de color blanco; cuando la bajó, los jinetes empezaron a dirigir a sus caballos hacia la meta, a toda velocidad. Mi hermano estaba un poco nervioso porque era la primera vez que competía en eventos públicos, pero eso no lo detuvo, y comenzó a rebasar cuerpos hasta tomar la delantera.

Terminar la carrera era cosa fácil para él, pero justo antes de llegar a la meta divisó a la hermosa chica con la que había estado coqueteando. Distraído, no vio que al final de la pista se encontraba el juez con la bandera a cuadros, y chocó con él. Afortunadamente, nadie se lastimó. Al fin y al cabo, mi hermano ganó la carrera.

Cuando regresamos a nuestra humilde finca, nos sentamos en la vereda de la casa a observar la Luna. De repente mi papá soltó una carcajada y abrazó a Olmedo; acto seguido, todos nos empezamos a reír. Esa es una noche que jamás olvidaré.

Cuando mi mamá terminó de hablar, yo me quedé asombrada de cómo había vivido, de cómo era estar sin electricidad, pero me dijo:

—Esa fue la segunda etapa más feliz de mi vida.

Esto llamó mi atención, y decidí preguntarle:

—Mamá, ¿y eso? ¿Has tenido otra etapa más feliz?

Y me contestó:

—Lo son ustedes dos. —Y nos abrazó.




ÁNGEL VÍCTOR VIMOS
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Hualcopo Duchicela.

La abuela y el nieto vago

Una abuelita y su nieto, que era muy vago, vivían juntos en una casucha. Cierto día, el nieto, viendo que en la vivienda no había ningún alimento, preguntó con voz alta y agresiva:

—¿Ahora qué vamos a comer?

—No hay nada, hijo mío —contestó la abuelita—. Vaya a arreglar nuestro terreno, que pasa botado, así hay cómo sembrar papas.



—Desde mañana voy a ir, abuela.

Al siguiente día, la abuelita se levantó temprano, compró maíz y se lo tostó. Cuando el nieto se despertó, cargó su azadón y su colación y salió a trabajar por primera vez en el terreno botado.

Sin embargo, esa y cada vez que iba, se la pasaba durmiendo y comiendo. Cuando se hacía de tarde, regresaba a la casa y su abuelita lo esperaba con la merienda lista. Sonriente y cariñoso, le decía:

—Ya vengo trabajando casi la mitad del terreno, abuelita. —Pero era mentira.

Una tarde sorprendió a la anciana diciéndole que había acabado de trabajar, que el terreno estaba listo para sembrar. La abuelita, creidota, le consiguió papas, pero el hijo, vago y malvado, iba al terreno y las comía asadas. ¿Qué iba a sembrar si no había hecho ni la primera parte del trabajo?

En otra oportunidad, el nieto le dijo que ya había acabado de sembrar y la abuelita, feliz, le recomendó que cuidara bien las plantas. Nuevamente, el joven se la pasaba en el terreno descansando.

Un día, la abuelita le dijo que fuesen a cosechar las papas, pero el vago le mostró las del vecino. La anciana, muy contenta, empezó a cavar, pero cuando ya tenía un costal de papas, asomó el verdadero dueño, que la insultó con palabras agresivas. La abuelita regresó a su casa llorando, devastada por que su nieto no hubiera hecho absolutamente nada.

Después de aquello, el nieto se perdió y la abuelita se quedó sola. Cuando decidió volver, la encontró muerta.




ÁNGEL ARCESIO GAIBOR
nació en San Miguel de Bolívar, Bolívar, en 1967. Trabaja en la Unidad Educativa Santa Rosa de Cerritos. Su actividad favorita es compartir sus conocimientos con los estudiantes, leer e investigar.

El cochecito de madera

A mediados del mes de octubre de 1967, en el hogar de una familia humilde, nació un niño muy pequeño, de ojos oscuros y piel canela; con su sonrisa angelical llenó de alegría el corazón de sus padres. Pronto empezó a dar sus primeros pasos y, motivados por su ternura, sus familiares lo empezaron a llamar cariñosamente Angelito.

Sus padres trabajaban dando clase en escuelas primarias muy distantes de su domicilio. En aquellos tiempos, la gente del sector era sumamente pobre y carecía de transporte público.

Pocos tenían mulas para movilizarse de un lugar a otro, y cuando lograban alquilarlas era porque tenían mucha suerte. Además, no había vías transitables, apenas se conocían los chaquiñanes que los semovientes dejaban a su paso.

Los padres de Angelito, para cumplir con su trabajo, salían de su vivienda todos los domingos en horas de la tarde y regresaban los viernes por la noche. Así, se vieron obligados a dejar a su hijo bajo el cuidado de su entrañable abuelita; a sus hermanos mayores los dejaban donde sus tíos.

La humildad de la anciana fue día a día una enseñanza de valores. No fueron necesarios para el niño los juguetes caros ni los banquetes: bastaba tener el pan del día para llevarse a la boca (las tortillas de maíz y de trigo; la colada de plátano, machica y zapallo; las habitas tostadas, y la rica "caquita de perro"). Tan cariñosa era su abuelita que todas las noches lo arrullaba para que se quedara dormido entre sus brazos.

Pasaron los días sin que nadie los pudiera detener, y una tarde inesperada de verano el niño vio llegar a su abuelita jalando con una cuerda un hermoso coche de madera, de color amarillo reluciente. Se sorprendió —no sabía si correr donde ella o qué, pero la curiosidad pudo más— hasta que la anciana, sonriendo, le dijo:

—¡Es para ti, Gelito!

El niño no lo podía creer. Tan emocionado estaba, que le pidió a su abue que lo subiera al hermoso cochecito de madera. Nunca había estado así de feliz.

Un día de feria, como de costumbre, salió con la anciana, pero esa vez no para comprar víveres, sino para visitar a su tío y hermanos. Al llegar donde ellos, sonrió y los abrazó cariñosamente; sus hermanos le mostraron sus lujosos juguetes: un lindo automóvil

de color rojo pardo y una hermosa patrulla de policía. Creyendo que los carritos iban a rodar, los empujó.

—¡Gelo —gritaron sus hermanos—, los vas a dañar!

Al ver que no podía hacerlos rodar, el mayor de sus hermanos le dijo con mucha amabilidad:

—Ñañito, solo tienes que tocar esta antena y se moverá para donde quieras.

Así lo hizo y empezó a mover el carro. Inquieto como era, quiso hacer lo mismo con el otro, pero no encontraba la antena. El menor de sus hermanos se dio cuenta y le dijo:

—Gelo, este no es igual. Muévele el botón negro para que empiece a rodar.

Y así lo hizo. Contento, corrió donde su abuelita a contarle el emocionante suceso.

Sus hermanos, en horas de la noche, atentos como de costumbre al cuento que su tío les narraba antes de dormirse, entre risas le comentaron que su hermanito no podía hacer funcionar sus carros, y que casi los había dañado al arrastrarlos. Su tío sonrió y les dijo:

—Es que él no tiene esos carritos que tienen ustedes. Tiene un cochecito de madera.

—¿Qué? —preguntaron a coro, admirados.

—¡Sí, un cochecito de madera!

Al día siguiente, aun antes de levantarse de la cama, el mayor de los hermanos comentó al menor:

—¿Te acuerdas del cochecito de madera del que nos contó ayer el tío?

—Sí, claro, ¿qué pasa? —respondió el otro.



—¿Será del porte de los nuestros?

—Creo que sí, pero debe ser de otro color —respondió.

En eso, su tía los llamó a desayunar y se olvidaron. Sin embargo, mientras comían, uno de ellos dijo:

—Hoy es domingo; luego de tomar café nos vamos a jugar.

Al poco rato, sonriendo, el otro hermano preguntó:

—Tío, ¿podemos ir a ver el coche de madera de nuestro ñañito?

—¡Claro! —exclamó—. Les prometo que en una hora iremos. Aprovecharé que vamos para allá para visitar a mamá.

Al llegar a la casa de la anciana, vieron a su hermano.

—Gelo…, Gelo —le dijeron, inquietos.

—¿Qué pasa? —respondió.

—Nada, ñaño, venimos a ver tu cochecito de madera.

—¡Claro!

—¿Es como el nuestro? —preguntaron.

—No, mi coche de madera es mucho más grande que sus carritos.

Pocos pasos habían dado cuando uno de los hermanos lo vio.

—¡No lo puedo creer! ¡Es tan grande! —exclamó.

A pasos agigantados corrieron hacia aquel hermoso cochecito de madera, y se quedaron asombrados.

—¿Nos podemos subir? —preguntaron.

—¡Sí, súbanse!

—Pero, ñaño, ¿de dónde se prende para que ruede?

Sonriendo, el más pequeño les contestó:

—Es diferente a sus carritos, tienen que jalarlo de la cuerda.

El tiempo siguió su rumbo sin detenerse, y jamás dejaron de ser felices entre hermanos. Siempre aprovechaban el tiempo que compartían para jugar y hacer sus chiquilladas.

Después de algunos años, la abuelita empezó con pequeñas dolencias en su cuerpo. No había médico en su pueblo, así que no le quedaba más que ir donde el curandero para que le aplicara emplastos y le hiciera tomar aguas medicinales de ciertos montes. Por un tiempo la anciana sintió una ligera mejoría, pero finalmente su salud decayó hasta que falleció. Afligido su nietecito por tan nefasto suceso, le quedó como recuerdo el cochecito de madera.




GALO ALEXANDER QUIGUANTAR
nació en San Gabriel, Carchi, en 2003. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Mario Oña Perdomo. Su actividad favorita es leer libros de fantasía.

Una heroína

Esta historia se desarrolla en la ciudad de San Gabriel, alrededor de 1970. Rosita, madre de ocho hijos —los cuatro primeros cursaban la secundaria y los últimos, la primaria—, no sabía cómo ganar dinero, ya que días antes su esposo la había abandonado. No sabía trabajar fuera de casa, siempre había cuidado a sus hijos. Esa noche, de tanto llorar, se quedó dormida.

Al día siguiente, domingo, se despertó, se vistió y fue a misa. Allí se puso de rodillas frente a la Dolorosita y le pidió con mucha fe que la guiara por el camino correcto para poder educar a todos sus

hijos, ya que estaba completamente sola. Al sentarse en la última banca de la capilla, una viejecita se acercó y le dijo:

—No sufras, no eres la única mujer a la que deja el esposo. Mira al cielo: es inmenso como grandes son tu fe y tu esperanza de no desmayar jamás.

De allí se dirigió a donde su hermano Carlitos para pedirle un poco de dinero.

—Ven, hermana —le dijo él—, esta vez te prestaré, pero mi hogar también necesita de este dinero.

Ella le respondió que se lo pagaría apenas lo tuviera. Él se sonrió y le respondió:

—Espero que no te demores mucho.

Tras ese gesto burlón, salió y se dirigió a su hogar. Pensó y pensó mucho hasta que se dijo: "¡Donde la vecina Chavelita necesitan una lavandera!". No se equivocó. Se presentó allí y trabajó tanto que ese día sacó hasta la última pieza que tenían para lavar.

Después de eso, los vecinos, cada vez que tenían que hacer algo, la llamaban, y así nunca le faltó trabajo. Sus hijos e hijas seguían estudiando, pero de todas formas la ayudaban.

En ese entonces había dueños de lotes que dejaban recoger la papa que quedaba después de cosechar. Así, la señora y sus hijos iban al rastrojo y, cuando juntaban una cantidad grande, vendían las papas para comprar lo que necesitaban; las que sobraban quedaban para su consumo. Los jóvenes también trabajaban los sábados y domingos ayudando a vender a los negociantes de frutas que venían de otras ciudades; con eso reunían para comprar lo que les pedían en el colegio o escuela.

Un día, don Manuelito, al ver que Rosita era muy trabajadora, le pidió que hiciera unos pasteles para la comunión de su hijo. Ella



los preparó con mucho gusto y así se fue ganando la simpatía de todos los del barrio. Su calidad de vida fue mejorando: hasta sacó un pequeño préstamo para vender en el mercado.

Madrugaba a la una de la mañana para preparar morocho, café con empanadas, papas con cuero y más. Todos la ayudaban menos uno de sus hijos varones, que se dio al trago y a las malas amistades. Ella hizo lo que pudo hasta que culminó el bachillerato y se fue a trabajar a Quito, en donde se casó.

Transcurrió el tiempo y Rosita enfermó de cáncer de estómago. Sus hijas e hijos, que la querían mucho, hicieron todo lo posible por salvarla, pero no sabían que el cáncer era mortal.

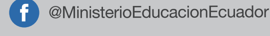
El último hermano, el único que no tenía una carrera, ingresó a la Policía. Invitó a todos sus familiares al grado pero no fue nadie. Muy triste y enojado al no verlos, llamó a una vecina para informarse de lo que había sucedido, y ella le respondió que su

madre había muerto. El joven lloró mucho y pidió licencia para estar al lado de ella, que había sacrificado su vida por darles un mejor futuro.

Desde ese entonces, los hermanos cada año la recuerdan contando sus anécdotas a sus hijos y nietos. Para ellos es una heroína, porque luchó y nunca se dio por vencida.



En este libro encontrarás relatos que suceden en el ámbito de la familia. Abuelas, abuelos, tíos, tías, primas, primos, hermanos, hermanas, papás, mamás, hijos e hijas se encuentran para vivir historias cotidianas, curiosas o conmovedoras; algunas están cargadas de humor, otras de ternura y las hay incluso tristes. Todas estas narraciones forman parte de “Nuestras propias historias”; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.







/MinEducacionEcuador

/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec